

Benito Pérez Galdós

Alceste

Tragicomedia en tres actos

Representada
en el Teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 8
de mayo de 1918

Edición de Rosa Amor del Olmo



«ALCESTE», EN LA PRINCESA



Eurípides.—Que sea enhorabuena, D. Benito.

Galdós.—Gracias. Perdónese usted que le reciba vestido tan modestamente; ¡pero querido Eurípides, hay que fomentar la suscripción!

Benito Pérez Galdós

Alceste

Tragicomedia en tres actos

Representada
en el Teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 8
de mayo de 1918

Edición de Rosa Amor del Olmo



Las críticas de aquel momento

La noche del martes 21 de abril de 1914 se estrena en el teatro de la Princesa la obra de Eurípides, Alceste, adaptado o renovada por Benito Pérez Galdós en beneficio de María Guerrero. Se representa al mismo tiempo que otra obra teatral de género incierto -o más bien bufo- que llevaba por título Junta nacional de homenaje a Pérez Galdós, suscripción fomentada para procurar homenajes a la figura del viejo y paupérrimo Galdós.

El estreno

Entre el público asistente al estreno se encontraban Alfonso XIII y Victoria, las infantas Isabel y Paz, la princesa Paz y las más aristocráticas familias de la Corte, que tributaron calurosas ovaciones a Pérez Galdós y efusivos aplausos a los intérpretes de la obra. En la conclusión de los dos últimos actos, el maestro tuvo que salir varias veces al escenario para recibir calurosos aplausos. María Guerrero, que interpretó el papel de Alceste, estuvo acompañada por un excelente reparto entre los que se encontraban las señoras Torres y Salvador y los señores Díaz de Mendoza (Mercurio), Thuillier (Hércules), Vilches, Salvador y María Cancio, Codina (Admeto), Cirera, Carsi, Juste y Mesejo. Para la presentación escénica, Díaz de Mendoza, que a sus condiciones de actor unía las de director de escena, fue asesorado por el ilustre arqueólogo D. José Ramón Mélida y después de consultar innumerables documentos de Arte, Historia y Arqueología, realizó una labor admirable. Decorados, trajes, accesorios, todo tenía el carácter y ambientación de la época, lo que dio por resultando la composición de una serie de cuadros que produjeron un efecto prodigioso. La del primer acto reproducía el peristilo de un palacio; la del segundo era la estancia de Alceste en el palacio de Tesalia, y la del tercero representaba un jardín de

lograda perspectiva y en el fondo un artístico templo griego que por su arquitectura evocaba al Partenón.

***El Heraldo de Madrid* miércoles 22 de abril:**

Dando muestras una vez más de un criterio artístico sano y hospitalario, la Empresa del teatro de la Princesa nos ofreció ayer, coincidiendo con el beneficio de María Guerrero, las primicias de la célebre tragedia de Eurípides, refundida y mejorada por el maestro Galdós. [...] Alceste es la tragedia de la abnegación conyugal. En ese punto, Galdós ha respetado el pensamiento del poeta griego en toda su integridad." *El Imparcial* de misma fecha, José de Laserna hace una sinopsis de la obra adaptada por Galdós y añade: En la presentación, el resultado ha correspondido plenamente a las intenciones del autor. La Alceste galdosiana es una hermosa tragedia moderna. La unidad del plan, la vigorosa sobriedad de la acción, la noble y natural elevación del estilo son verdaderamente magistrales. Enfocado el asunto, sin que la ilación se despiste un solo momento, el dramaturgo va directo y seguro, graduando progresivamente el interés y la emoción, hasta el desenlace culminante. Cuando, cordialmente aclamado, salía anoche á las tablas vacilante D. Benito Pérez Galdós, el ambiente de clara y pura serenidad artística en que habíamos respirado dos horas reavivaba en mí un recuerdo de la antigua Grecia. Evoqué la austera figura del viejo Timoleon, que después de haber asegurado á su pueblo la libertad y la democracia, ciego y achacoso aun acudía con su consejo y su discurso a los graves problemas del Gobierno. Plegué a Dios que, como a él, la gratitud y la liberalidad de sus compatriotas le premien a nuestro venerable Galdós toda una larga vida de ímprobo y glorioso trabajo."

Manuel Bueno.

La Correspondencia de España

Enfermo el ilustre Caramanchel, aunque en franca mejoría por fortuna, el escritor que se oculta modestamente tras una insignificante X no se ha aventurado a dar noticia en La Correspondencia de los estrenos más importantes verificados en los teatros de Madrid.

Por dicha para los lectores de este periódico, la intromisión de X en la crítica teatral ha de ser fugitiva, porque de un día para otro, y ello será gozo para todos, Caramanchel volverá brillantemente a encargarse de estas críticas volanderas.

Y vamos con Alceste.

Se ha dicho que Esquilo representaba el nacimiento de la tragedia –nacimiento de gigante, claro está– Sófocles su culminante perfección, y Eurípides su decadencia. Estas frases tan conocidas, tan de preceptistas retóricos, no acaban de convencerme en absoluto. Ciertamente no puede atribuirse a Eurípides el más alto lugar entre los patriarcas de la tragedia griega. Verdad verdadera es que Esquilo y Sófocles aventájanle en fuerza y aliento; pero no puede desconocerse, sin embargo, que Eurípides es el más humano de esta trinidad gloriosa. Es el que más se acerca a nosotros, el que más se ajusta a nuestras ideas y a nuestros sentimientos. En las obras de Esquilo, es el Destino el protagonista de la acción; en las de Sófocles, aunque a veces no aparece en primer término tan implacable y sombrío como en las de Esquilo se nos muestra, hállasele en todas ellas a poco que se le busque; en las de Eurípides, mientras el poeta no logra hacerlo desaparecer. Los dioses –dice Mier y Barbery– no se cuidan de obedecerlo; su influjo no se hace sentir

siempre, y en ocasiones ni aún poder divino se le atribuye, mirándole tan sólo como la simple y vana casualidad.

Los personajes de Eurípides, si no sublimes, como los de Esquilo, ni ideales, como los de Sófocles, son, en cambio, más reales, más verosímiles, tienen una más verdadera palpitación de vida, un fuerte latido de humanidad. Fue la suya una época en que los dioses no eran seres sobrenaturales, omnímodos por su poder y por su superioridad sobre los hombres, sino sus protectores y maestros. Un sentido analítico, de libre exámen, iba infiltrándose en todo, y este sentido de crítica y de ponderación hizo descender a los dioses desde el Olimpo a la Tierra, y permitió que se juzgase de su valor moral y que señaláranse sus injusticias y sus faltas. Así Esquilo y Sófocles muéstranse respetuosos con el prestigio y el carácter tradicional de los héroes, mientras Eurípides, permitiéndose cuantas licencias se le antojan, nos presenta a las veces a Apolo como un seductor corriente, y a Hércules, glotón, y a Menelao, cobarde, y al propio y altísimo Júpiter, rey de Olimpo, como a un dios injusto y vengativo, sin perfección y omnipotencia.

Pero voy extendiéndome hablando de Eurípides, y no es cosa de descubrir el Sol a estas alturas. Sobre que de su mérito literario ya dieron opinión Sócrates y Aristóteles, y Menandro, y Filemón, unos en pro y otros en contra, y cuanto yo pudiera decir aquí del autor de Hécuba está ya dicho, y con asombrosa perfección por cierto.

Alceste, donde no falta, a pesar de su poesía patética, cierto elemento satírico, que caracterizó entre los grandes trágicos griegos al cantor de Hipólito, es la tragedia cuarta de una tetralogía cuyas tres primeras fueron Las cretenses, Alcmeón en Psophis y Telepho y por ocupar tal lugar, la correspondía coerto carácter cómico.

Nuestro glorioso Galdós ha respetado en lo fundamental la tragedia de Eurípides. El mismo don Benito os contaba ayer, en las columnas de *El liberal*, cómo y por qué se ha permitido hacer algunas variaciones en ciertos momentos de la tragedia y algunas sustituciones en sus personajes. Para facilitar la modernización de *Alceste* —según confesión del ilustre autor de *El abuelo*— sustituyó a Apolo por Mercurio, atendiendo a que esta divinidad tiene un mayor contacto con los mortales.

El contacto de Mercurio con los hombres, en efecto, es indiscutible y notorio. Aún hoy, cuando no creemos ya en los dioses olímpicos y cuando miramos con la piadosa lástima con que se mira a un demente a los que hablan todavía en un sentido mitológico, es hacia Mercurio, hacia lo que Mercurio simboliza, a lo menos, por lo que sentimos un respeto más hondo y una veneración más íntima. Sus idólatras son los más respetados también. Mientras que los que aman poéticamente a Apolo y los que reverencian heroicamente a Minerva van extenuándose arrollados por la gran indiferencia de las gentes, los devotos de Mercurio, entre el aplauso y la adulación general, miran satisfechos, triunfadores, cómo van colmándose sus opulentas arcas panzudas y cómo van redondeándose sus burgueses vientres cuculiformes.

Y ahora, procurando evitar nuevas divagaciones, he de hacer constar, con grande júbilo, que el triunfo de Pérez Galdós fue rotundo y clamoroso. Se necesita el genio del eminente autor de los *Episodios Nacionales* para poner mano en una tragedia de Eurípides y variar el proceso de la acción y añadir de la propia cosecha, sosteniéndose siempre a la vertiginosa alma mental del autor de *Orestes*.

La obra causó una tremenda impresión en el público. Aquellas escenas de Admeto con sus ancianos padres son de una intensidad que cala y estremece el ánimo. El Soberano de Tesalia ha sido condenado por Júpiter a morir en plena juventud. Admeto adora en sus prósperos y fuertes estados, que él lleva hacia la cumbre de la perfección política, y adora en su esposa Alceste y en sus tiernos hijos. Mercurio, interesado en que continúe la preciosa existencia de Admeto, ha conseguido de las Parcas el que el joven Rey no muera, a condición de que muera por él, voluntariamente, una persona de su familia. Admeto, un poco egoísta, un poco cruel, acaso, suplica a sus padres que se sacrifiquen en lugar suyo. Ellos son viejos. Les separa muy poco espacio del sepulcro. Han vivido luenga vida, y ya nada pueden esperar de su esposa y el amparo de sus hijos. Los viejos deben prestarse a ello y sacrificar su caduca vida en el altar del paterno amor, Admeto lo espera... Pero he aquí que estos viejos se agarran como dos espectros al gozo al ansia de vivir. Duermen bien, digieren bien, aman el sol y la plática, y se aterran con la idea de la muerte, de la sombría y cruel muerte... No quieren morir y no morir y no morirán. Que muera le hijo Admeto, el condenado por Júpiter. Que recaiga el castigo en el único culpable. En ellos no. Ellos aman el sol, el paseo y los jardines...

Admeto, en pleno amor, en pleno triunfo y en plena juventud, se resigna a morir. Le empujan a la muerte, como furias, las manos de aquellos viejos, sarmentosas y trémulas, que no quieren volverle a la vida porque no quieren darse a los gusanos de la fosa; aquellas manos que casi son tierra ya y que se alzan cobardes hacia el cielo, huyendo de la tierra, que las llama...

Pero no importa. Si el miedo de estos viejos a la muerte, si el egoísmo de estos padres crueles no permite la salvación de Admeto, el amor le salvará. Alceste, su abnegada esposa, altísimo ejemplo de enamoradas, alma de

generosidad, de ternura y de sacrificio —enterada por Minerva de la resolución de las Parcas- se presta a morir para salvar la vida del soberano tesálico.

Muere, en efecto, la incomparable Alceste. Y cuando todo es luto en palacio; cuando el dolor y la desesperación culminan en el corazón destrozado de Admeto; cuando se dispone a enterrar el cuerpo de la soberana, blanco y balsámico como una flor milagrosa, Hércules, hijo de Júpiter, vuélvela al sabrosísimo amor de su esposo, y al solícito cuidado de sus hijos.

Tal es la tragedia, a grandes rasgos. Como dejo dicho, emocionó fortísimamente al público. En el segundo acto, tras la patética despedida de Alceste —llena de una desgarradora melancolía y de una honradísima poesía calofriante y trágica- cuando entra la Muerte al sn de una campanada lúgubre y fatal, y desplómase muerta la Reina, y triunfa un silencio de horror, dijérase que cruza la escena con el aleteo enigmático, que alza un eco de angustia en nuestras almas.

Pérez Galdós, en fin, obtuvo ayer uno de sus más brillantes triunfos. La inmortal tragedia de Eurípides ha salido de las manos del glorioso autor de Doña Perfecta aún más briosa y más palpitante. El público, en los dos últimos actos, y especialmente al finalizar la representación de Alceste, aclamó entusiásticamente a don Benito, que correspondía muy emocionado a los vótores.

Fernando Díaz de Mendoza dio una nueva y gallarda prueba de su enorme talento de actor. Emilio Thuillier estuvo verdaderamente admirable y se le aplaudió con gran justicia. Muy bien las Sras. Torres y Salvador, y muy justos Codina, Cicera, Vilches y Guerrero. Los demás, acertados.

María Guerrero fue la heroína de la jornada. El genio de nuestra gran trágica desconcierta y confunde. Su flexibilidad y su comprensión son verdaderamente estupendas. No recuerdo haber presenciado nada tan perfecto, tan emocionante, tan artístico, en el trabajo de una actriz. La voz, las actitudes, los silencios, todo fue de una belleza penetrante y rítmica, de una fuerza y de una exactitud imponderables. Ni un segundo hallase la insigne María Guerrero fuera del ambiente de la época y de la situación. El público, frenético, la ovacionó con un entusiasmo desbordante.

Nuestra gran actriz, que celebraba su beneficio, recibió muchos y valiosos regalos de sus amigos y admiradores. Los Reyes y la Infanta Isabel asistieron a la representación de *Alceste*. Y ahora, para terminar, un aplauso a Díaz de Mendoza como director. Muy efusivo y sincero lo merece, porque obras del carácter de *Alceste* requieren un buen gusto, una cultura y un acierto para dirigirla que difícilmente se hallarían en otro artista dramático que no fuere el director del teatro de la Princesa.

La Correspondencia Militar

Alceste de Galdós y beneficio de María Guerrero

El glorioso autor de los Episodios Nacionales vuelve a presentárenos en la escena de este aristocrático teatro conducido por los cariñosos brazos de la más grande, de la más genial, de la más preclara de las artistas españolas, en noche de su beneficio.

Galdós dedica las primicias de su última producción literaria a María Guerrero, y ésta dedica a don Benito Pérez Galdós la noche de su beneficio, en función de honor, en la que la eximia artista hace compendiar todas las excelsitudes de su supremo arte. ¡Qué cuadro más grandilocuente el presentado anoche ante nuestros ojos! María Guerrero, llena

de vida, en el apogeo de sus facultades, con toda la fragancia de la juventud, con todo el ardor de la pasión, con esa dulce y encantadora armonía de su acción, y de su voz, no presentaba a Galdós en la escena a recibir el homenaje de nuestra admiración, ocultándose ella detrás, puesta una de sus manos en el corazón y la otra en tierno ademán sobre la venerable cabeza del dramaturgo insigne, que ella gustosa hubiera besado con respeto y filial abnegación ante la presencia del público.

La verdadera Alceste estaba allí en Marín, sin que ésta necesitara encarnar la del poeta griego. María ha hecho el sacrificio de su vida por el arte patrio; María ha recorrido el mundo creándonos simpatías, desarrollándonos afectos, despertando entusiasmos por nuestra literatura, por nuestro arte, por nuestras costumbres, por nuestro temperamento y por nuestro carácter, siempre envuelta en nuestra gloriosa bandera... ¡Qué más Alceste para España que María Guerrero!

Tiene esposo a quien adora, hijos a quienes idolatra, y a todos, sin excepción, con la firme voluntad de su poderoso espíritu, hace sentir por el arte el goce inefable de la suprema atracción estética, arrastrándolos en esta vertiginosa corriente de la gloria...

En cuanto a la tragicomedia de Eurípides, arreglada al estilo moderno por el insigne Galdós con algunas variantes en el desarrollo del asunto, sólo diremos que es una labor maravillosa, digna del espíritu romántico y altamente poético de nuestro primer novelista contemporáneo que sabe brillantar nuestra escena con obras que encarnan siempre un alto pensamiento filosófico-moral.

Alceste es el noble sacrificio de la invención por el amor a la Patria cuando la vida ostenta para el sacrificio

todas las bellezas de la juventud, todas las delicias del amor, todas las grandezas de la tierra, haciendo que dicho sacrificio sea más grande y, por tanto, más sublime.

A pesar de que las leyendas de la mitología griega ya no interesan a nadie, así como las de los clásicos y las de los selectos, Galdós ha sabido con su exuberante fantasía sacar todo el partido posible de un obra que marca la decadencia de la literatura griega, haciendo vibrar la nota del patriotismo ante los egoísmos de los decrepitos padres de Admeto y de aquellos cortesanos parásitos de la corte helénica borrando toda la parte irónica del poema y dando a la estructura de la composición mucha mayor grandeza, brillo y esplendor que la que integra el original.

Nada más sublime que la despedida de Alceste de su esposo y de sus hijos al aceptar aquella semideidad el sacrificio impuesto por Júpiter y modificado por las hijas de Erebo y de la Noche, que presidían la existencia y muerte de los hombres, ocupándose en hilar el hilo de la vida, la cual duraba hasta que dicho hilo se rompía y de cuyo color blanco o negro dependía la felicidad o la desgracia.

El final del acto segundo es soberbiamente teatral, conmovedor, y el ilustre maestro ha sabido despertar el asombro fatal ante la pasional despedida de la hermosa Alceste, con la aparición de la sombra de la implacable muerte, que aparece en lo más alto de la escena, desplegando sus negras y fatídicas alas.

La narración de Hércules, el dios más humano y más simpático de la fábula, en el tercer acto, y su invocación al alma de Alceste para que vuelva a posesionarse del cuerpo muerto de la reina de Tesalia, son páginas en las que Galdós, enmendado la plana del poeta griego, ha puesto todo el vigor

de su nerviatura poética, todo el fuego de la pasión de su alma, siempre juvenil y vigorosa.

El insigne actor Emilio Thuillier supo apropiarse la parte de Hércules con toda la gran maestría de su genial talento, logrando un éxito colosal. Mercurio, el dios que, siendo niño, arrebató las flechas a Cupido, y más adelante a Marte su espada, a Venus su ceñidor y a Neptuno su tridente, tuvo su feliz encarnación en el gran actor Fernando Díaz de Mendoza, que supo darle toda la cáustica ironía que requiere. Las señoras Salvador y Torres y las señoritas Caneto y Hermosa, así como los señores Codina, Vilches, Cirera, Guerrero, Juste, Medrano, Carsi y mesejo, estuvieron irreprochables en sus respectivos papeles, siendo todos muy aplaudidos y teniéndose que levantar el telón muchas veces en su honor.

Al final de la obra se hizo una verdadera apoteosis a María Guerrero y al veterano don Benito Pérez Galdós, ambos glorias de nuestra patria.

Las ovaciones fueron formidables, el número de valiosos regalos infinito, así como el de canastillas de flores que ocupaban, sin exageración, todo el escenario, destacándose una colosal del rey de España, y a su lado una artística estatua de bronce representando el trabajo, dedicada a María de la Casa del Pueblo.

El teatro, brillantísimo, ocupando sus palcos Sus Majestades y Altezas Reales, y lo más selecto de la aristocracia, de la banca y del talento.

¡Oh, gran Galdós!...¡Oh, sublime María Guerrero! ...Recibid nuestro humilde saludo y nuestra más sincera felicitación por noche tan venturosa y edificante para el arte patrio.

J. Sanz Ramos.

El Imparcial

Ardua y muy difícil empresa es la de escribir en estos tiempos una tragedia o asunto mitológico. La tragedia y la mitología están desde larga fecha completamente olvidadas de nosotros. Tan sólo los eruditos van a buscarla a los libros; pero al público, en general, nada le interesa ya ni los antiguos clásicos ni los dioses y los héroes del paganismo. Sin embargo, el insigne maestro Galdós, enamorado, como gran artista, de la belleza excepcional de la tragedia de Eurípides *Alceste*, y de la exquisitez de sentimiento que en ella palpita, se propuso hace años adaptarla a nuestro teatro moderno, y al fin ayer, en noche memorable para nuestras letras, se puso en escena con todos los honores debidos al clásico innovador del teatro griego e ilustre dramaturgo español.

No podía por menos de apartarse mucho Galdós del original helénico. Tanto por la estructura como por el espíritu pagano que resplandece en la tragedia griega, era imposible seguir, aproximadamente siguiera, a la acción de la *Alceste* clásica.

Además de esto, es indudable que el autor de *El abuelo* ha querido hacer algo más que ponderarnos la sublimidad. Llevan al sepulcro al inanimado cuerpo de la reina. Esta dramática situación está desarrollada con extraordinaria maestría, y fue acogida con ruidosas manifestaciones de entusiasmo. Por sí sola constituye un efecto artístico de primer orden. Hemos visto en el curso de la obra seres dotados del más mezquino espíritu, y hemos sido testigos del ciego apego a la vida hasta individuos que, como los padres de Admeto, viejos y achacosos, muestran el egoísmo propio de los débiles, de los caducos, de los inválidos, que no pueden tener la energía indispensable para aceptar el sacrificio, y que defienden la existencia, como el bien más preciado de todos. Pero al lado de esto vemos

también cómo el autor se sobrepone a ese instinto de conservación y cómo hay seres superiores que saben anteponer el ideal a la propia existencia.

Termina la obra coronando Alceste de flores a Hércules por haberla devuelto a la “Santa Humanidad” cual si con estas palabras quisiera sintetizar el pensamiento general que informa la tragicomedia galdosiana.

Asombra el considerar la totalidad de la obra magna de Galdós. En cada nueva obra nos revela este hombre excepcional nuevos aspectos de su genio y matices diferentes de su temperamento artístico. El público tributó anoche al maestro que ha enriquecido con sus portentosas creaciones literarias, la historia, la novela y el teatro de nuestra patria un homenaje de respeto y admiración verdaderamente entusiasta.

Galdós, emocionadísimo, salió infinidad de veces a la escena al final del segundo acto y a la terminación de la obra. La interpretación de Alceste no podía dejar de ofrecer enormes dificultades, que fueron vencidas admirablemente, gracias al talento de los actores de la Princesa y a la pericia de que como director de escena hace siempre gala el insigne Fernando Díaz de Mendoza.

María Guerrero halló en el personaje de la reina griega ancho campo donde lucir sus condiciones extraordinarias de trágica eminente. Natural a veces, y elevada a muy altos tonos cuando la situación lo requiere, tuvo constantemente inspiración y acierto para dar calor y vida a su difícilísimo papel.

La concurrencia que llenaba el teatro le dio nuevas pruebas de su admiración, celebrando con calurosos aplausos su notabilísima labor y llamándola repetidas veces al proscenio. Al final de la obra llenóse el tablado de flores,

obsequio de los muchos amigos con que cuenta el artista. También recibió la Guerrero muy valiosos y artísticos regalos. Fernando Díaz de Mendoza estuvo muy afortunado en el desempeño del papel de Mercurio, que dijo con la maestría en él proverbial. Emilio Thuillier se distinguió de un modo especial en la parte de Hércules. Sólo un actor de su talento puede salir airoso de tan apurado empeño. La señora Torres, admirable en el papel de la madre de Admeto. Los demás actores cumplieron decorosamente en su cometido y armonizaron bien el conjunto de la tragicomedia de Galdós.

J. Arimón.

Galdós y la tradición mitológica

Si por algo se caracterizaron los mitos fue precisamente por formar parte de la vida real de los hombres arcaicos, de tal suerte que sus rituales no eran concebidos desde fuera, en forma abstracta. Por el contrario, aquellos hombres los vivían penetrándose en una atmósfera sobrehumana que hacía girar su existencia conforme a los preceptos míticos. Conocer el mito, significaba conocer la creación y el origen de las cosas, entender este origen permitía el control sobre lo que se conocía y significaba el acceso a vivir dominado por la potencia sagrada, por tanto a mantenerla y respetarla como modelo. Dentro de este patrón a seguir el hombre mítico vive con el mito y de acuerdo a él, el mito y su reactualización forman parte de su realidad. Desde este punto es desde donde el escritor, Galdós, funde con el mito, la realidad de la historia.

El 11 de diciembre de 1912, escribe Unamuno a Galdós para pedirle consejo sobre técnicas teatrales, ya que el escritor vasco ha realizado una versión del tema tratado por Eurípides y Racine, del que escribió un final diferente, *Fedra*. Recibió el autor amables negativas a su “tragedia de desnudez extrema”. Galdós pensaba que:

Los tiempos heroicos tienen su expresión exacta en la tragedia clásica, cuya serenidad y elevación son un traslado fiel de los caracteres antiguos; la gracia atildada y fría del naturalismo, que animó a aquellos pueblos, había de producir la literatura pagana, sencilla, tranquila, reposada, con cierto colorido de felicidad aun en medio de sus dolores, un poco artificiosa, muy plástica y sensual, como la religión que le dio la vida¹.

Para algunos críticos galdosianos como Alan E. Smith, la mitología “fue en las obras de Galdós una constante, aunque se manifiesta de manera diferente en tres períodos en esa dilatada producción”².

Es importante recordar la emocionante historia del abnegado amor de Alcestis hacia su esposo Admeto, universalmente conocido a través de la tragedia de Eurípides³. Admeto era hijo de Feres, el fundador de Feras, ciudad de Tesalia, y desde allí reinaba, después que su padre

¹ Pérez Galdós, B. “Don Ramón de la Cruz y su época”, *Misceláneas-Memoranda*, OOCC, Aguilar, Madrid, 1951, Vol. VI, pág.1951.

² Alan E. Smith, “La imaginación mitológica galdosiana y la tierra española: de Medusa a Deméter”, pág. 1050. *ACIEG*, VI, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1996.

³ Cuando en el año 438 (antes de Jesucristo), Eurípides estrena *Alcestis*, hace partícipe a la obra de una tetralogía compuesta por *Cretenses*, *Alcmeón en Psófide*, *Télefo*, con lo que la pieza no correspondía a una tragedia sino a un drama satírico. Por esta razón, algunos críticos han considerado esta obra no como tragedia sino como drama satírico. A mi juicio, *Alcestis* es una verdadera tragedia. Diversas son las versiones de este mito tan popular, como por ejemplo la del poeta Frínico, que compuso una *Alcestis* antes que la compuesta por Eurípides, aunque no sabemos si se trataba de una tragedia o de un drama satírico. Eurípides, *Alcestis*. Madrid, Alianza editorial, 1999.

hubo depuesto el cetro, sobre las feraces campiñas en torno al lago de Bebeis. La gracia y los favores de Apolo lo habían hecho extraordinariamente rico en bienes terrenos. En efecto, cuando este dios, para vengar la muerte de su hijo Asclepio, mató a hachazos a los Cíclopes, encolerizado el rey del Olimpo quiso arrojarlo al Tártaro; pero su madre Latona intercedió por Apolo, y al fin éste fue perdonado a condición de que peregrinara durante un año por la Tierra en figura servil y trabajara como esclavo bajo la dependencia de un hombre. Así, Apolo se dirigió a casa de Admeto y durante un año entero apacentó, como pastor, las ovejas del rey de Feres, en las laderas del Pelión. Durante este tiempo surgió entre ambos una íntima y cordial amistad, que se perpetuó hasta mucho tiempo después. No sólo los rebaños de Admeto prosperaban de un modo maravilloso, sino que el dios ayudó a su amigo a conquistar a la hermosa Alcestis, hija de Pelias, rey de Yolcos; pues el pérfido rey sólo quería conceder su hija a quien fuera capaz de uncir a un mismo carro un jabalí y un león. En las fiestas nupciales, Apolo arrancó de las Moiras la promesa de que Admeto, cuando sonara para él la hora de morir, pudiera conservar la vida siempre que alguien descendiera al Hades en su lugar. Habiendo Admeto enfermado de muerte, ni su anciano padre ni su madre quisieron sacrificarse por su hijo, a pesar de hallarse cerca del término de sus días. Alcestis, la joven y lozana esposa de Admeto, sobreponiéndose al amor que por sus hijitos sentía, se decidió a sacrificarse por su esposo. Vacilaba Admeto en aceptar el sacrificio, pero no pudo disuadirla de su resolución. Después de despedirse de sus hijos y de su esposo, Alcestis cayó al suelo inanimada. Pero Perséfone, conmovida por tanta abnegación, la devolvió a Admeto.

Tal y como apunta Dolores Thion Soriano-Mollá en su artículo “Alceste, entre Mito e Historia”⁴: “La muerte voluntaria de Alceste en Galdós es el sacrificio por la patria mientras que en Eurípides es únicamente un sacrificio por deber conyugal, sobre todo teniendo en cuenta que la muerte de una mujer carecía prácticamente de valor en la Grecia clásica”. Por lo que Galdós caracteriza la obra desde una vertiente simbólica, donde, como veremos, la fábula encierra la perspectiva histórica galdosiana.

ALCESTE.- ¡Ah, no me hables de eso! Soy absolutamente profana en las artes de gobernar. Mejor que nadie conoces tú mi vida para comprenderlo. Cuando el Rey me trajo a su tálamo no aporté a mi nuevo Estado otra ciencia de gobierno que la defensa de los menesterosos que labran la tierra, pastorean los ganados y ofrecen a la Humanidad los principales elementos de vida. Testigo es el Rey de que sólo he alzado mi voz de Reina para patrocinar el libre vivir y la modesta holgura de los humildes.

“Los afanes políticos –dice Alceste– no me causan ninguna fatiga”. Galdós desde esta posición actualiza y cristianiza el mito, humanizando a la protagonista y extrapolándola de la fábula mitológica. Hay que recordar que en estos años, en 1913 es el estreno de *Celia en los infiernos*, Galdós tuvo la oportunidad de conocer a los Reyes, quienes, en un entreacto de la representación, invitaron al autor a subir al palco donde le felicitaron. De este encuentro, señala Gómez Carrillo, Galdós salió muy satisfecho elogiando la majestad y llaneza de la Reina, de un castellano digno de elogiar, y de don Alfonso comentó, entre otras cosas, que “se retiró lleno de entusiasmo por la inteligencia

⁴ *Op. Cit*, pág. 869.

extraordinaria que en tan pocos minutos había sorprendido en el joven soberano”⁵. A pesar de que como sabemos Galdós era republicano, mantuvo algunos encuentros con S.M cuyo pericia política lógicamente pasaba por alto las inclinaciones del artista, “ya eran amigos, comentó S.M”, y el camino quedaba abierto para que Galdós acudiera a visitar al rey, y a que la prensa ironizase sobre ello. Como fuera, este encuentro, que tanto entusiasmó al autor canario, lógicamente había de influir a la hora de construir los perfiles de sus nuevos personajes de la *Alceste*, pues a fin de cuentas, reyes eran, y conocerlos de verdad no deja de suponer un parámetro extraordinario para poder atribuirles cualidades sacadas “del natural”.

Lo cierto es que Galdós quiso hacer en su momento una actualización del mito, convirtiendo a Alceste en una “representación” metafórica de la España del momento, así como de la figura femenina. Alceste representa –no sólo en la versión galdosiana sino en la de Eurípides– el hogar, la protección, la Patria, el punto de referencia, por tanto, de la verdad histórica. El trasfondo simbólico político es ineludible:

ALCESTE.- Con la ciencia que por inspiración del Cielo he adquirido yo, haré feliz a Tesalia... Considerad vosotros la situación que nos espera. Muy pronto los pueblos reunidos por Admeto en apretada comunidad se disgregarán, recobrarán su independencia. Pero a mí, podéis creerlo, me deleita ver a los pueblos en el desenfrenado uso de su albedrío... Ello es hermosísimo, ¿verdad?

La libertad y el libre albedrío son los símbolos que Galdós pone en la voz de la Reina Alceste, como ámbito

⁵ Pág. 742, *Vida de Galdós*, Ortiz-Armengol, Pedro.

necesario para la vida de los pueblos, y como fábula en la vida de España. Como dice Gorgias a Admeto en la escena IX, del acto II: “La Historia te necesita”. Es necesario ante todo el cumplimiento del deber establecido por la tradición y por la verdad histórica. Como tantas veces ocurre en sus obras, Galdós sueña con una nueva sociedad, al tiempo que denuncia la que le tocó vivir. La mujer, de una manera o de otra, es un elemento esencial como núcleo de la nueva sociedad y como elemento moderador y justo. Y esa es precisamente la naturaleza de Alceste y su patria, España, porque ella se sacrifica por su pueblo con el fin de proporcionar la templanza y la autenticidad ante el destino que, como símbolo de los acontecimientos que ocurren en España, hay que enfrentar, generalmente con un encauzamiento de los hechos históricos encabezados por una mujer. Esta idea se va a desarrollar como básica en muchos de los dramas y comedias que a la sazón estrenó Galdós. La categoría moral de Alceste, es un símil de las muchas mujeres que también se sacrifican, como es también un símil de la España del momento. España y mujer como mito. La cuestión es que a pesar de que Galdós admite: “el único contacto que tiene la obra que vais a leer con la tragedia de Eurípides está en el pasaje de ternura en que la Reina moribunda se despide de sus hijos, de su esposo y de su servidumbre. Por caminos enteramente distintos a los de Eurípides llega al desenlace: la resurrección de Alceste⁶.”

Lo cierto es que la naturaleza de la emotividad expresada en una versión y otra es diametralmente distinta, como podemos leer en la escena IX del acto II:

EUMELO:.- ¡Madre mía! (Abraza y besa a Alceste)
DIOMEDA.- (Hace lo mismo que su hermano)
¡Madre, madre!

⁶ *Ibidem*, pág. 880.

ALCESTE.- (Correspondiendo tiernamente a las caricias de sus hijos) ¡Hijos de mi alma! Muero para que viva vuestro padre, más necesario que yo a la tierra en que habéis nacido. (...)

En este momento, Alceste se entrega y sacrifica su vida porque considera que socialmente su marido es más valioso que ella. Galdós continúa con su idea, quimérica, de atacar y cambiar la sociedad desde arriba. En estos años no hay que olvidar que el escritor está en pleno fervor político. De 1912 es la entrevista realizada por Antón del Olmet y Luis y Arturo Carraffa, en la que cuando se le pide opinión sobre el socialismo, contesta: “Sí, sobre todo en la idea, me parece sincera, sincerísima. Es la última palabra en la cuestión social... ¡El socialismo! Por ahí es por donde llega la aurora”⁷. En los dos años siguientes estrena *Celia en los infiernos* y *Alceste*, donde la lectura del reparto social es clara. Palabras muy parecidas son las pronunciadas por Celia, aristócrata, o el propio Admeto cuando dice en la escena II del acto I: “Mi mayor goce es hacer justicia; castigar a los malos, premiar a los buenos; distribuir entre mis súbditos los bienes de la tierra, para que ninguno carezca de ellos, y ninguno los disfrute con exceso”. Justicia social, justicia divina, y benevolencia con el pueblo y los necesitados, donde de nuevo son las clases altas y los monarcas quienes deben emprender la revolución de clases, y sobre todo el reparto social. Un verdadero rey, es el que busca la verdad y la justicia para su pueblo, en un claro paralelismo con la situación política y monárquica de la España de aquellos momentos.

La Reina, en la escena VIII del primer acto, ya advierte el *fatum*, por la forma en cómo se desenvuelven los que la rodean. Para la Alceste de Eurípides, los motivos son

⁷ Antón del Olmet y los Carraffa, *Los grandes españoles*. Galdós, Madrid, 1912, pág. 104.

más estrictamente humanos y femeninos. Ella teme que al entregar su vida y morir, su marido contraiga nuevo matrimonio, y sus hijos tengan una madrastra:

ALCESTIS: Admeto, puesto que ves cuál es mi estado, quiero decirte, antes de morir, lo que es mi deseo (...) ya que tú quieres a estos niños no menos que yo si es que estás en tu juicio. Manténlos como dueños de mi casa, y no les impongas con una boda una madrastra a estos niños, la cual será una mujer inferior a mí, y por envidia pondrá la mano encima de estos hijos tuyos y míos. No hagas, pues, esto, te lo ruego. Pues hostil es la madrastra que se incorpora para los hijos primeros, en nada más dulce que una víbora⁸.

A pesar de que Galdós siempre estuvo más conmovido por la emotividad que por los sentimientos que hacia sus hijos demostraba Alceste en la historia mitológica, no consigue, a mi modo de ver, la idea maternal que vemos plasmada en la Alceste del griego. Alceste, en este caso, antes que mujer y madre para Galdós, es un ser social, consciente y entregado a sus obligaciones, sacrificios y responsabilidades que su condición le impone. Parece mucho más natural y lógica la segunda versión, porque es lo que brotaría probablemente de cualquier mujer: la preocupación por el futuro de sus hijos. Galdós prefiere destacar en el personaje, la idea de reina, preocupada por el destino de su país, y sobre todo la idea de responsabilidad que como heroína este personaje tiene. No sólo Alceste es un ser humano que “carga sobre sí” los “pecados” o las acciones y responde de ellas con una concepción de la responsabilidad innata a su condición social, sino que

⁸ Remito a la versión de Eurípides, *Alceste, Medea, Hipólito*. Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 63-64. Traducción de Antonio Guzmán Guerra.

además toma sobre sí las obras de otros, en este caso su esposo Admeto, para responder por él ante los dioses. Mayor sacrificio no se puede exigir, y ésta es la clave del cristianismo que de un modo simbólico encierra esta tragicomedia griega, que en el fondo es un alegato simbólico de la España del momento y de la lucha del hombre en contra de su destino en relación con las fuerzas divinas que a todos nos rigen. El libre albedrío⁹ del hombre es aquí un tema central, tal y como expresa Admeto en la escena III del acto I:

MERCURIO.- Los dioses, querido Admeto, no dudamos ni creemos. Contemplamos el rudo batallar de la vida mortal, y juzgamos vuestras acciones, no por lo que nos marca la lógica rigurosa, sino por lo que nos ofrece la movable variedad de vuestros caracteres.

ADMETO.-(*Nervioso y un poco exaltado*) ¡Ah! ¡Los dioses! Ellos nos lanzan a este oleaje de la vida; nos dan el albedrío, dejándonos entregados a una fatalidad ciega. ¿Por qué a los buenos no nos dais siquiera una chispa del rayo que aniquila a la maldad?... Luego nos sentenciáis y condenáis por culpas que no han manchado nuestra conciencia. (*Con creciente exaltación*) Queremos ser puros, y nos hacéis malvados; queremos ser justos, y vosotros... (*Corrigiéndose súbitamente.*) Perdóname, Mercurio, si te he dicho que...

Sin embargo, en esta Alceste galdosiana, los pasajes dramáticos son mucho más abundantes así como la naturaleza dramática de Admeto, por ejemplo, en el que ya desde la escena I del primer acto adivinamos un espectro

⁹ Entendido este en su versión más cristiana y menos pagana como la facultad y privilegio que Dios da a las personas de escoger y actuar por sí mismas. (De todo árbol podrás comer, Génesis 2:16)

trágico por los acontecimientos, que no se trasluce en la versión de Eurípides. El acto III, donde habla Admeto en la escena I, es sin duda un pasaje digno del más noble Shakespeare, se presenta el personaje consciente de su destino y de lo que va a acontecer, no puede escapar de sí mismo, y transformar su realidad.

Otro elemento de diferenciación, en cuanto a las relaciones entre los personajes, es el tratamiento de las relaciones de pareja. El romanticismo y camaradería son mayores en la versión griega, donde se aprecian los valores de amistad que les unen más que como reyes, como seres humanos. A diferencia de esto, Galdós no profundiza en esta fuerza amorosa de la pareja, porque prefiere ahondar en las responsabilidades que ellos desempeñan, en suma en su labor como personajes políticos.

Donde la versión griega esboza el final resolutivo, Galdós resucita a la protagonista, lo hace de verdad, con el efecto escénico que esta causa en el público. El objeto, la circunstancia de España, es un simbolismo que Galdós utiliza para representar los principios en este caso políticos, sociales y evangélicos. La fórmula de tragicomedia es la lectura simbólica clara y definitiva para entender los pasos que el autor siguió en su evolución artística.

A los espectadores y lectores de *Alceste*

La curiosidad de Galdós por la gran obra antigua de creación mítica es uno de los rasgos más notables de su actitud, no siempre armónica y libre de tensiones, ante los que fueron sus primeros padres en el orden cultural. El mito griego –no menos que el pensamiento y el arte helénicos– resulta, en efecto, un elemento presente en todas nuestras etapas culturales. Hay que distinguir, desde luego, entre las formas en que este interés se manifiesta; pues si algunas son indicio de una voluntad de vinculación a los orígenes con un

enfrentamiento consciente de los mismos problemas y la decisión de revisar las soluciones dadas, aceptándolas de antemano como bien ya adquirido e incorporándolas al acervo común, tal la frecuente reelaboración de los temas de la tragedia. Otras, en cambio, pese a su entusiasmo inquisitivo, no son sino una manifestación más de ese afán de conocimiento llevado hasta la destrucción, que ha obrado en nuestra historia como uno de los más eficaces factores subversivos. Es lógico pues, que, el escritor canario tuviera una enorme curiosidad y empeño por llegar a las fuentes de la filosofía y la arqueología modernas, pues así es como se ahonda en sus estratos más recónditos para captar en su mismo hontanar el núcleo creador y primigenio.

La complejidad de nuestra estructura mental y cultural nos permite situar la antigua mitología en planos distintos, con una función diversa en cada uno. Para el espíritu científico, el mito es un documento precioso, porque su contenido es susceptible de ser analizado y descompuesto en sus piezas componentes, cada una de las cuales es un elocuente testimonio de azares históricos, de experiencias, de reacciones de una mentalidad extraña y bien caracterizada. Un corte transversal en cualquiera de las leyendas nos pone a la vista una gran diversidad de estratos, que en su conjunto constituyen un rico poso de milenios de civilización, en el que se incluyen viejas creencias mediterráneas, importación de ideas orientales, influencias nilóticas, concepciones indoeuropeas que se sobreponen a un fondo anterior, reflejos y lejanos ecos de trascendentales evoluciones en el plano de la religión y en el de la organización políticosocial.

Un plano del mito interesante para nuestro estudio se encuentra, no en la tragedia anónima, sino en su elaboración poética, por obra de los escritores y pensadores antiguos. En este sentido, el mito griego ha sido y continúa siendo de una fertilidad asombrosa. La riqueza de sentidos que encierra se

evidencia en verdad inagotable, fiel testimonio de la autenticidad de su origen. Pues no se trata ahí de los ensueños de una fantasía arbitrariamente creadora, sino de la expresión de una realidad compleja, en la que se incluyen vivencias religiosas –no por elementales menos genuinas–, situaciones humanas, lucubraciones filosóficas en embrión, intuiciones de un espíritu eminentemente dotado para la representación plástica. De ahí que las posibilidades encerradas en un solo mito no se agoten en su primitiva significación histórica y religiosa, sino que se vayan actualizando siempre con nuevas facetas, al compás del desarrollo cultural e ideológico. Citemos sólo el contenido doctrinal que los estoicos vieron en el ciclo de Hércules, y en lo actual y significativa que para los modernos resulta una situación como la de Antígona.

No parece que el substituir el mito arcaico y popular por su versión artística sea dar un sucedáneo en lugar del producto legítimo. La reelaboración consciente –como la efectuada por Galdós– da lugar a una obra tan genuina y cargada de sentido como la creación anónima y espontánea. Después de todo, estamos ya bastante lejos de la concepción romántica que prefería las formas del arte popular, por considerarlas secreción espontánea y original del espíritu de una raza o una nación. Al margen de su interés histórico, y de su significación humana, cabe también el gozar de la mitología por la mitología, aunque de esto derive una reproducción simple de una teofanía imponente y graciosa a la vez, en la que los valores puramente estéticos se funden con los religiosos en la frescura de una intuición directa y viva. Estos fueron sin duda los primeros pasos que realizó Galdós para penetrar en la esencia del mito griego, que sigue siendo, con la filosofía y el arte de este pueblo, uno de los elementos esenciales de nuestro patrimonio espiritual.

La idea de la recreación de este mito estaba en la mente de Galdós desde 1895, aunque fuera representada catorce años más tarde, tal y como se refleja en esta carta escrita a María Guerrero, donde dice:

Se me ha ocurrido una idea. Dentro de algún tiempo, vamos, no sé cuándo, es posible que le escriba a usted una obra romana no tragedia, sino comedia, para que salga usted con sandalias, túnica... Estará usted *pa comésela*...¹⁰

Finalmente, escribe y estrena una tragicomedia, probablemente por no hacer planteamientos desde la esfera tan ortodoxa y hermética de la tragedia, “para presentarlo con procedimiento y estilo modernos”¹¹. En este sentido revisamos las definiciones para llegar a la conclusión que, de cualquier forma, la idea de Galdós de provocar en el espectador no sólo temor sino también admiración por la protagonista –según la clásica interpretación aristotélica– se consigue igualmente. Efectivamente esta pieza sirve de forma excepcional tanto para motivar a su actriz María Guerrero como para aproximar al espectador a las reacciones y emociones femeninas.

A través de esta representación de la mitología griega, Galdós expone claramente su proyecto de recuperación y modernización de antiguos temas para traerlos a la escena más contemporánea. Él mismo, confesándose fascinado por este mito femenino tan grandioso, lo expresa así en el prólogo que antecede a esta tragicomedia:

Atentamente leída una y otra vez, pensé que para interesar al público de nuestros días érame forzoso

¹⁰ Carta de Galdós a María Guerrero, fechada el 3 de julio de 1895.

¹¹ “A los espectadores y lectores de *Alceste*”, pág. 879, *Obras Completas, Vol. Cuento, Teatro y Censo*, Madrid, Aguilar, 1941.

desarrollar la acción con método absolutamente distinto al seguido por el maestro helénico, que, naturalmente se cuidaba de agradar a sus coetáneos”¹².

Este prólogo apareció el día del estreno, un 21 de abril de 1914, en *El Liberal*, en forma de carta y bajo el título “A los espectadores y lectores de Alceste”. En sus líneas, Galdós expresa exactamente el propósito de la “reposición” del mito griego, justificando los porqués de las renovaciones que inserta en la tragedia, al tiempo que manifiesta su fascinación por el sacrificio conyugal vencedor de la muerte que abandera esta heroína. Alceste es una mujer generosa y altruista, imagen de amor noble y honesto, que Galdós patentiza en esta versión, cautivado por la tradición del mito. Expresa asimismo, sin “arrepentimientos”, los cambios que va a introducir a fin de actualizar la obra para un público más mayoritario y no tan elitista como el que se supone debe acudir a una pura tragedia clásica. Popularizar el mito y dar al espectador la posibilidad de pronunciarse con un compromiso histórico eran las premisas que estaban en la mente del escritor en el momento de la recreación de esta tragicomedia.

En este prólogo publicado en su momento como artículo de *El Liberal*, escribe Galdós sobre todo aquello que ha tocado su mente y su corazón de esta tragedia, como es el caso del espiritualismo que a él le parece que encierra este mito, escribiendo lo siguiente:

Termino asegurando que la abnegación de la reina de Tesalia tiene todo el valor ético de un sacrificio cristiano. Ni en la mitología india, ni en la caldea, ni en la escandinava encontramos un acto semejante al

¹² *Ibidem*, pág. 880.

de la divina *Alceste*, consumado diez siglos antes de Jesucristo¹³.

No debemos olvidar que en estos años Galdós se encuentra en una fase literaria y personal hasta cierto punto bastante complicada. 1914 supone una fecha en la que el autor, por un lado, se encuentra estéticamente disperso, unificando estilos, temas y sentimientos, con la Historia de España como telón de fondo. Por otro, en su faceta más personal, se encuentra don Benito atravesando penurias económicas y aquejado de arteriosclerosis, con el gran peso que supone la edad y una ceguera incipiente, ya prácticamente instalada, que no le permite apenas escribir. Además de las razones de actualización argüidas por Galdós, existe otra a tener en cuenta, el afán de cristianización con que, en cierto modo, enfoca el autor la histórica tragedia. Aunque no debemos olvidar que al año siguiente en 1915, Galdós estrenará *Sor Simona*, drama que significa una propuesta espiritual de índole práctica, donde la protagonista Simona también llevará hasta el final su condición de mujer fuerte que se sacrifica por amor, en este caso amor cristiano a la humanidad. Probablemente, Galdós cuando dictó *Alceste* tenía en mente la espiritualidad y la capacidad de sacrificio de las mujeres que tanto le fascinaba y que perfiló en la creación esencial de sus personajes femeninos. Galdós realizó una importante fusión de culturas y de sentimientos al elevar el mito clásico a la categoría humana, pues prefiere restar importancia al destino y *fatum* tan característico de las tragedias griegas, a cambio de dar relevancia al componente interior del ser humano.

Galdós, tanto con *Bárbara* como con *Alceste*, no tiene bien claro la utilización o más bien la denominación de

¹³ Pág. 447. *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo*. Madrid, Comunidad Autónoma, 1988.

tragicomedia a estos dramas, aunque en el prólogo escribe sobre cuestión:

Presento a Hércules como el héroe invicto, cuya misión es limpiar de monstruos toda la tierra y restablecer la justicia entre los mortales. Dignifico al personaje omitiendo los actos crapulosos y de glotonería, que daban ocasión a las risotadas y bullanga de los espectadores atenienses en la representación de la obra de Eurípides. La solemnidad trágica se convertía en jácara bufonesca, según consta en documentos literarios que han llegado hasta nosotros¹⁴.

Según se deduce de las palabras de Galdós uno de los elementos que suprime es la comicidad necesaria del género, elevando más si cabe el drama, pero alejándose del concepto genérico. La búsqueda de la esencia dramática llevó también a una nueva denominación tragicómica . Esto es lo que sucedió con *Santa Juana de Castilla*, obra de distinta dimensión dramática, cuyo planteamiento ha sido tratado con anterioridad en la sección 3 de este Capítulo IV. El conciliar un enfoque moral cristiano con la tragedia es prácticamente imposible, porque como ha dicho Vicente Lloréns: “La tragedia (...) no es ni puede ser cristiana y menos católica. Donde hay salvación y optimismo providencial no hay tragedia”¹⁵ . Y Galdós –aunque lógicamente tiene que ceñirse a lo más esencial del mito– intuye, en la creación de este personaje y toda la acción que le rodea, una especie de alegoría de lo que necesitaba España en ese momento: regenerarse a través de unos valores morales elevados, de los que carecía por completo, por lo

¹⁴ *Ibidem*, pág. 880.

¹⁵ Cita extraída del libro escrito por Jose María Díez Borque: *Los géneros dramáticos en el siglo XVI (El teatro hasta Lope de Vega)*. Madrid, Taurus, 1987, pág. 116.

que cargará de espiritualidad cristiana al personaje. En realidad debemos tener en cuenta, que la *Alcestis*, de Eurípides, es un drama un tanto satírico, porque tiene un desenlace alegre y placentero (la tragedia pura no), y aunque comienza con desgracias, la esperanza y el optimismo son los que confluyen al final, por ello también se trata de una tragedia con más ámbitos de tragicomedia que otras mucho más categóricas para su actualización.

Tragicomedia es “un principio, cuya tela (aunque para en alegrías) en mortal desdicha empieza”, por lo que Alceste se desarrolla en un ámbito distinto al que apareció en Eurípides, aunque como ya hemos dicho no pierda su categoría humana más sustancial. Conviene destacar que, ya en 1617, Villegas y Cascales levantan su voz filológica para restaurar una poética muy necesaria en nuestra tradición teatral, sobre todo por la diferenciación con los géneros aristotélicos, pues en España no hay razón para escribir como en Grecia. En las *Tablas poéticas*, Cascales reorganiza los tradicionales cuatro géneros aristotélicos (épica, lírica, tragedia y comedia) en tres: lírica, épica y drama (incluyendo bajo este concepto la tragedia y la comedia). Este carácter mixto es el que asiste a la naturaleza de la tragicomedia en España. Como escriben Sánchez Escribano y Porqueras Mayo en *Preceptiva dramática española*¹⁶, “este es un paso innovador, y es Cascales el primero en Europa en formular esta nueva clasificación”. Por lo que el concepto tardaría aún en asentarse en las teorías poético-teatrales de la tradición, pues ésta siempre planteaba las disyunciones entre tragedia, comedia, tragicomedia, y su relación con la teórica dramática más ancestral. Escribe Galdós en el prólogo:

Para interesar al público de nuestros días érame forzoso desarrollar la acción con método

¹⁶ Pág. 32. Sánchez Escribano y Porqueras Mayo, *Preceptiva dramática española*, Madrid, Gredos, 1972.

absolutamente distinto al seguido por el maestro helénico, que, naturalmente, se cuidaba de agradar a sus coetáneos.

Además de suprimir el Coro, Galdós reduce la acción a tres actos en lugar de la estructura tradicional trágica que incluye: Prólogo, Párodos, Episodio 1º, Estásimo 1º, Episodio 2º, Monodia, Estásimo 2º, Episodio 3º, Estásimo 3º, Episodio 4º, Commós, Estásimo 4º, Episodio 5º y Éxodo.

En la *Alceste* de Galdós la estructura tradicional mítica también se rompe, es decir la idea clásica de que “Todos eran felices en un lugar hasta que llegaron unos seres que rompieron esa armonía natural, y crearon un *statu quo* negativo, pero los héroes buenos no aceptan la situación, aquí empieza la obra dramática, y luchan hasta su propia muerte si es preciso, para restablecer nuevamente el equilibrio perdido”¹⁷ no se cumple en este drama. En el acto I, ya se presenta el nudo del drama, la acción surge de la armonía alterada, cuando dice Admeto:

Aguardo, sí, esta noche la hora fatal de una muerte instantánea. Cesará mi vida como una luz que se apaga súbitamente. ¡Es horrible, horrible! El padre de los dioses, el inexorable Júpiter, me ha condenado a perecer en la plenitud de la vida, arrebatándome al cariño de mi esposa y de mis hijos, al gobierno de estos reinos y al amor de mis súbitos. ¿Y por qué? Por un arrebató mío que no merecía, sin duda, pena irreparable.

Aunque en este primer acto, el autor expone el nudo del drama como primera propuesta, veremos cómo, al mismo tiempo, Admeto reconoce su “culpa trágica” como

¹⁷ Pág. 167, *La escritura dramática*. J. L. Alonso de Santos. Madrid, Castalia, 1999.

desencadenante de la acción, y, siendo consciente de lo injusto del “pago” que debe hacer con su vida por haber matado al bello Corydón, acepta su culpa, pero rebelde confiesa: “Resignación, morir... Notarás, querido Gorgias, que aún no te hablo con el acento más hondo de la desesperación. En mi alma late todavía una esperanza”. El personaje de Admeto, por ejemplo, tal y como lo plantea Galdós, es un personaje esencialmente trágico, que desde el comienzo sufre por el destino al que va a ser conducido inevitablemente. Él se opone y se revela contra los dioses, cuestionando la justicia de éstos en una búsqueda del héroe por la verdad. Aunque la Historia ya está escrita, sin embargo no se debe heredar, porque no comprende la tradición y su significado, todo lo que se hereda es erróneo. Admeto debe morir porque así es como corresponde a la verdad histórica. La verdad histórica, la herencia mal enseñada, mal aprendida es la que se debe cambiar. Hay que aprender de la Historia, porque la Historia es “la poesía de la realidad”, “la filosofía de los hechos humanos”, una herencia escrita cuya misión es dar ejemplo de los acontecimientos con el fin de ser guía para las edades futuras:

GORGIAS.- Sí, nadie conoce como yo tus altos hechos. Escribo la Historia, y transmito las hazañas de todos los héroes a las generaciones venideras. Aunque es grande tu gloria, ¡oh Rey!, no te rebeles contra la voluntad de Júpiter. Dios es Dios, y nuestras vidas miserables están y estarán siempre en su mano.

ADMETO.- Eso decimos, sí, obedientes a una fácil rutina que nos enseñaron de niños. Pero en nuestras almas alienta siempre la protesta. (*Cogiéndole del brazo, le obliga a sentarse a su lado*). Ven aquí, hablaremos con el más puro acento de la verdad. (*Bajando la voz*) ¿Crees tú en la justicia de los dioses?

Por ejemplo en la *Alcestis* de Eurípides, Admeto, además de aparecer en escena más tarde que en la versión galdosiana, ofrece en sacrificio a su mujer, resolución muy distinta presenta la nueva versión, puesto que es la propia Alceste la que se ofrece, en un sacrificio al que ella se entrega con todo el amor conyugal. En la versión del griego, acepta resignada un destino impuesto. Este hecho, en palabras de Erectea, madre de Admeto en la versión galdosiana, significa burlarse de los dioses, así lo expresa en la Escena V del Primer Acto:

ERECTEA.-(...) Admeto, hijo mío: hace tiempo temía yo el castigo de Júpiter por el desgraciado suceso de la cacería en el monte Hymeto. La sentencia ha recaído sobre ti, y no debes pedir a ningún mortal que expíe las culpas que no ha cometido. Esto sería ofender al padre de los dioses, y burlar su justicia...

No obstante, este protagonista masculino, conductor de toda la acción del drama, introduce un elemento, a mi juicio, importante a tener en cuenta: el sentido de “la no conciencia”. La idea de no tener que “arrepentirse”, por tanto, de “no pagar” por los errores cometidos, es un concepto que Galdós introduce en los caracteres, pero no en los de sus personajes masculinos (Juanito Santa Cruz de *Fortunata y Jacinta*, no siente remordimientos claros) sino en los femeninos. A lo largo de su vasta obra resulta extraño que los hombres (salvo en casos como *Nazarín*, o *Ángel Guerra*) sean conscientes del destino que se labran a partir de equivocaciones, nunca reconocerán el *fatum* que invade sus vidas atraído por ellos mismos. No así en los personajes femeninos como Casandra, Simona o Bárbara... que se “responsabilizan” de sus acciones. “La sentencia ha caído sobre ti, y no debes pedir a ningún mortal que expíe las

culpas que no ha cometido”, le dice a Admeto, su madre Erectea. En los dramas y comedias (que es el tema que nos ocupa), los remordimientos masculinos son difíciles de encontrar, a excepción de Federico en *Realidad*, quien precisamente se suicida porque no puede soportar el dolor del “pecado” y la falta de honor en la que está incurriendo.

Volviendo a este tema, Admeto no entiende que deba “pagar” por la muerte que ha causado, su sentido de la responsabilidad es muy limitado –propio de los héroes de Galdós–, aunque sí se muestra desgraciado cuando conoce el sacrificio a que su esposa, Alceste, ha de someterse para salvarle. Sus acciones no pueden ser castigadas porque él como rey ha puesto muchas veces su vida en peligro, y quiere seguir viviendo para poder cumplir su cometido: “Amo la vida por el poder, por el mando; amo el gobierno, porque la unión y el concierto de los pueblos están bajo esta mano vigorosa”. Discute así su destino y se rebela contra él, contra los dioses, a diferencia del héroe Admeto de Eurípides, que admite de otro grado la resolución de los dioses sin cuestionar si hay justicia. Gorgias le alienta a recapacitar sobre la fugacidad de la vida y el destino del hombre, cuando dice: “Aunque es grande tu gloria, ¡oh Rey!, no te rebeles contra la voluntad de Júpiter. Dios es Dios, y nuestras vidas miserables están y estarán siempre en su mano”. Sin embargo, a pesar de ello, Admeto se muestra sublevado, replicándole en clara rebeldía a las ideas preconcebidas y heredadas de antemano, la herencia no sirve: “Eso decimos, sí, obedientes a una fácil rutina que nos enseñaron de niños. Pero en nuestras almas alienta siempre la protesta”. El hombre por naturaleza se rebela. Es la mujer, a diferencia de éste, quien se sacrifica y quien acepta el concepto de responsabilidad hasta el final, con la sola idea de glorificar su patria y su corazón.

Fotografía de Salazar
La Esfera, 29 de abril de 1914



Alceste

**Tragicomedia en tres actos (el tercero dividido
en dos cuadros)**

**Representóse en el Teatro de la Princesa la
noche del 21 de abril de 1914.**

A los espectadores y lectores de *Alceste*

Tiempo ha que me sentí cautivado por la tradición de Alceste, reina de Tesalia, ejemplo y cifra de abnegación sublime, alma candorosa y poética que ilumina las edades remotas en que la historia se confunde con la mitología.

Asunto tan bello parecióme muy adecuado para presentarlo en forma teatral, con procedimiento y estilo modernos. Mi primera labor fue escudriñar en las lejanías obscuras de la vida helénica los hechos que determinaron aquel caso de altruismo heroico, desde la sentencia de Admeto hasta la muerte y resurrección de la joven y amorosa reina.

En la confusión que envuelve esta leyenda he podido determinar la fecha probable. Eumelo, hijo mayor de Alceste, a quien presento con ocho años de edad, figura en la *Iliada*, canto segundo, mandando once de las naves que fueron a la conquista de Troya. Estaba casado con una hermana de Penélope y combatió valerosamente en las huestes de Aquiles y Agamenón. En la *Odisea* también habla el padre de la Poesía de las proezas del hijo de Alceste. Determinemos, pues, con la vaguedad de la cronología helénica, que nuestro asunto fluctúa entre los años 950 y 980 antes de la Era cristiana.

Viejecillo es el tema: estamos en la época arcaica. Decidido a llevar al Teatro la leyenda de Alceste, la opinión de José Ramón Mélida y las expresivas observaciones de María Guerrero, maestra insuperable en todas las artes de la escena, moviéronme a trasladar la acción al tiempo de Pericles, el más apropiado para dar esplendor a los

accesorios de la fábula teatral. Ya en el terreno de las licencias, hube de tomarme otras. La primera fue sustituir el personaje de Apolo por Mercurio, pues esta divinidad, más en contacto con los mortales, me facilitaba la modernización de mi tragicomedia, dando a tal figura el carácter irónico y familiar que me convenía. Otra licencia, de la que no me arrepiento, es sacar a escena a la madre de Admeto, con el nombre imaginario de Erectea, formando con ella un carácter tan acentuado como el del anciano Pherés, padre del Rey de Tesalia. Nuevas licencias o libertades, lícitas en todo arte, advertiréis en la presentación de los parásitos, agasajados en el palacio y mesa de los reyes: el historiador Gorgias, el filósofo Aristipo, Cleón el astrónomo y el citarista Polícatres.

Reforma tan arbitraria como legítima es utilizar el Anficionado, o Federación tesálica, como resorte dramático que determina y refuerza el hermoso acto de Alceste. Ni esto, ni los parásitos, ni los caracteres de Pherés y Erectea, encariñados con la Regencia Trina; ni la intervención de Hermes, humanizado y ecléctico; ni el indumento vistoso, se acomodaban a la época arcaica, en la cual la tosquedad de la arquitectura, la simplicidad de los trajes y la barbarie de las costumbres amenguarían el encanto del artificio teatral.

La más hermosa obra, entre las muchas que inspiró la leyenda de Alceste, es la tragedia de Eurípides, representada en Atenas el año 438 antes de Jesucristo. Atentamente leída una y otra vez, pensé que para interesar al público de nuestros días érame forzoso desarrollar la acción con método absolutamente distinto al seguido por el maestro helénico, que, naturalmente, se cuidaba de agradar a sus coetáneos. La prolija disputa entre Apolo y el Genio de la Muerte; las lamentaciones del Coro, por cuya boca expresa el poeta sus pensamientos, suplicando en ocasiones el sentir de los personajes vivos; la *Parabase*, el discurso del Escoliasta

ante la *caterva* de comediantes, huelgan en nuestro tiempo, como no revistan el carácter de curiosidad arqueológica. Pero he prescindido de ello en la firme creencia de que tales curiosidades son más para leídas que para representadas.

El único contacto que tiene la obra que vais a leer con la tragedia de Eurípides está en el paisaje de ternura en que la Reina moribunda se despide de sus hijos, de su esposo y de su servidumbre. Por caminos enteramente distintos a los de Eurípides llego al desenlace: la resurrección de Alceste. Presento a Hércules como el héroe invicto, cuya misión es limpiar de monstruos toda la tierra y restablecer la justicia entre los mortales. Dignifico al personaje omitiendo los actos crapulosos y de glotonería, que daban ocasión a las risotadas y bullanga de los espectadores atenienses en la representación de la obra de Eurípides. La solemnidad trágica se convertía en jácara bufonesca, según consta en documentos literarios que han llegado hasta nosotros. Para precipitar la solución final, el hijo de Júpiter, que se ha expresado con la medida y elocuencia propias de su abolengo divino, se convierte en taumaturgo ante el cadáver de la hermosa Reina, y con ardoroso conjuro la saca del sombrío imperio de la Muerte.

Termino asegurando que la abnegación de la reina de Tesalia tiene todo el valor ético de un sacrificio cristiano. Ni en la mitología india, ni en la caldea, ni en la escandinava encontramos un acto semejante al de la divina Alceste, consumado diez siglos antes de Jesucristo.

B. Pérez Galdós.

Madrid, 21 de abril de 1914.

Reparto
Personajes:

Actores:

Alceste, Reina, esposa de Admeto Señora Guerrero
Admeto, soberano de Tesalia Señor Codina
Pérez, príncipe de Pherés, padre de Admeto Señor Vilches
Erectea, princesa de Pherés, madre de Admeto Señora Torres
Eumelo, niño de ocho años, príncipe de Tesalia, hijo de Alceste y Admeto Señorita Hermosa
Diomeda, niña de cuatro años, ídem, ídem, Niña Candelas
El Dios Mercurio (Hermes) Señor Díaz de Mendoza (F.)
Hercules, héroe, semidiós Señor Thuillier
Hiperion, custodio de los archivos de Tesalia Señor Cirera
Demofonte, sacerdote de Delfos Señor Guerrero
Gorgias, parásito consagrado a la historia Señor Juste
Aristipo, filósofo Señor Medrano
Cleón, físico y astrónomo Señor Cariz
Policrates, músico, flautista Señor Mesejo
El genio de la muerte (no habla)
Tisbe, nodriza y camarera de Alceste Señorita Cancio
Frine, esclava muy hermosa Señora Salvador
Periandro, mayordomo de casa de Admeto Señor Bayles
Otras esclavas, también muy guapitas. Doncellas, guerreros, próceres, magnates, patricios y dignatarios de la corte.

ACTO PRIMERO

Sala baja en el Palacio de los Soberanos de Tesalia. En el foro izquierda, puerta grande que comunica con el exterior. En el resto del paramento tapices, que oportunamente se descorren para dar paso al comedor. A derecha e izquierda, puertas que dan acceso al interior del edificio. En el proscenio, hacia la izquierda, una mesa, sillas, banquetas o escaños. Es de día. La acción se desarrolla en Larissa, capital de Anfictionado de Tesalia. Derecha e izquierda se entienden del espectador.

Escena primera

Admeto, que entra por la derecha con marcadas demostraciones de pena y desesperación; tras él, Gorgias
Gorgias.- Admeto, soberano de Tesalia, sosiégate; óyeme...

Admeto.- Déjame. Mi dolor busca la soledad.

Gorgias.- ¿Rechazas la compañía de tu mejor amigo? Pon una pausa a tu dolor y hablemos.

Admeto.- ¡Ay Gorgias, mi leal amigo! Tus palabras no han de darme ningún consuelo. (*Se sienta. Apoya los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos.*)

Gorgias.- No desesperes. Aguarda...

Admeto.- Aguardo, sí, esta noche la hora fatal de una muerte instantánea. Cesará mi vida como una luz que se apaga súbitamente. ¡Es horrible, horrible! El padre de los dioses, el inexorable Júpiter, me ha condenado a perecer en la plenitud de la vida, arrebatándome al cariño de mi esposa y de mis hijos, al gobierno de estos reinos y al amor de mis súbditos. ¿Y por qué? Por un arretrato mío que no merecía, sin duda, pena irreparable.

Gorgias.- Ya sé que en la floresta del monte Hymeto, cazando con tus amigos, mataste al bello Corydón, hijo de la ninfa Liriope. Lo sé por Demofonte, el sacerdote de Delfos.

Admeto.- Pero no sabrás que Liriope es protegida de Juno...

Gorgias.-- ¡Por Saturno y su estirpe! ¡Qué desdicha la tuya! ¡Las ofensas a la orgullosa Juno atraen siempre la cólera y el rayo de su esposo!

Admeto.- Pero yo digo: si Júpiter es la justicia, si es la razón y el orden de todo el universo, ¿cómo no ha tenido en cuenta mis méritos, mis trabajos por el bienestar del género humano, antes de condenarme a perder la vida? ¿Pues qué? ¿No significan nada las hazañas, los actos heroicos del que acompañó a los argonautas en la conquista del vellocino? ¿Por ventura, nada valen mis campañas guerreras y mi destreza política para confederar los estados esparcidos de Tesalia, y hacer con ellos una nación poderosa y fuerte?

Gorgias.- Sí, nadie conoce como yo tus altos hechos. Escribo la historia, y transmito las hazañas de todos los héroes a las generaciones venideras. Aunque es grande tu gloria, ¡oh Rey!, no te rebeles contra la voluntad de Júpiter. Dios es Dios, y nuestras vidas miserables están y estarán siempre en su mano.

Admeto.- Eso decimos, sí, obedientes a una fácil rutina que nos enseñaron de niños. Pero en nuestras almas alienta siempre la protesta. (*Cogiéndole del brazo, le obliga a sentarse a su lado.*) Ven aquí, hablaremos con el más puro acento de la verdad. (*Bajando la voz.*) ¿Crees tú en la justicia de los dioses?

Gorgias.- Creo; sí; pero... (*Temeroso de expresar su pensamiento.*)

Admeto.- No temas. Nadie nos oye.

Gorgias.- Creo en los dioses; creo en su poder, del cual tenemos los mortales pruebas bien visibles y dolorosas...

Admeto.- En el poder de la divinidad creo yo también... Pero no es eso lo que te pregunto.

Gorgias.- Ya, ya. Quieres saber si amo a los dioses. Pues te diré... A ratos, sí; a ratos, no. En ellos veo las mismas pasiones que constituyen nuestra imperfección. Si en algunos

casos proceden con piedad y justicia, en otros, ¡ay!, son crueles, injustos...

Admeto.- (*Vivamente.*) Y vengativos. Digámoslo bien claro.

Gorgias.- Desde niño acariciaba mi mente estas ideas. Y ahora que consagro todas mis horas al estudio...

Admeto.- (*Trastornado.*) ¿Qué estudias tú, Gorgias?

Gorgias.- (*Asombrado de la pregunta.*) La historia...¿No sabes?...

Admeto.- ¡Ah, sí! La historia...Perdona...

Gorgias.- Por mi afición a esta ciencia y por el amor que pongo en cultivarla, me has admitido en tu palacio. La divina Alceste cree ilustrar su corte rodeándose de los que nos consagramos a las diferentes artes y ciencias.

Admeto.- Sí, sí, querido Gorgias. Y tú eres el primero en nuestras preferencias... por tu ingenio, por tu afabilidad...¡Ah la historia... cosa muy buena!...Entiendo que es la poesía de los acontecimientos.

Gorgias.- La poesía de la realidad, digo yo.

Admeto.- ¿Y no será mejor decir la filosofía de los hechos humanos?

Gorgias.- Perfectamente. Así es. Pues yo, que paso los días escribiendo lo que hicieron los dioses y los mortales, para ejemplo y guía de las edades futuras, te aconsejo, mi querido Rey, que aceptes resignado la sentencia del orgulloso Júpiter. Si te rebelaras contra él, tú y tu descendencia sufriríais mayores males.

Admeto.- Así lo haré. Resignación, morir...Notarás, querido Gorgias, que aún no te hablo con el acento más hondo de la desesperación. En mi alma late todavía una esperanza...

Gorgias.- ¿Qué?...Dímelo.

Admeto.- (*Sigiloso.*) Tú conoces mi amistad con Mercurio...

Gorgias.- ¿No he de conocerla, si le he visto en esta campaña apacentando tus ganados como un pobre mortal, cuando el tirano Júpiter le desterró del Olimpo por haber intercedido en favor de Escapulario...?

Admeto.- Aquí le tuve, y quedamos muy amigos. Hace días le visité en la falda del Pindo. Le pedí que hablase a su padre,

solicitando mi absolución. Me dijo que el asunto era difícil, porque rara vez vuelve Júpiter de sus bárbaros acuerdos; pero que desplegará en favor mío toda su influencia; que hablará también a la altiva Juno, y a la sacra Minerva, de verdes ojos.

Gorgias.- ¡Oh! Ten confianza en Hermes, el más amable de los dioses, el que con más llaneza y cariño se comunica con los míseros mortales. ¿Y cuándo te traerá el alivio de tu congoja?

Admeto.- Quedó en venir hoy. Desde el amanecer le espero con ansias de muerte. Cuento los instantes, y mi terror les ve perderse silenciosos en la sombra del pasado.

Gorgias.- Me dice el corazón que Hermes está cerca. (*Se asoma a la puerta del foro y mira al cielo.*)

Admeto.- No le esperes por el cielo. Hemos convenido en que entrará en mi casa con apariencias de mortal, como un noble visitante forastero.

Gorgias.- (*Mirando por el foro.*) Ahí está. Ya entra en el jardín. Tus criados y tu padre no le han conocido como dios. (*Vuelve al proscenio, saca sus tabletas y su punzón, y escribe.*)

Admeto.- ¿Qué haces, Gorgias?

Gorgias.- Como historiador diligente, no quiero que los acontecimientos me cojan desprevenido. Suceso de hoy: visita del dios Mercurio al rey Admeto.

Admeto.- (*Vivamente.*) No, no. No escribas nada de esta visita. Déjate de historias, y sal a recibirle.

Gorgias.- Voy, que yo también soy su amigo. (*Vase Gorgias por el foro. Admeto acércase a una puerta de la derecha y da órdenes a sus esclavos.*)

Escena II

Admeto, Gorgias, Mercurio

Admeto.- ¡Qué agonía! Ven, muerte, sin que yo te vea. Llévame al negro abismo, mas no me aceches, no extiendas hacia mí tu descarnado brazo...¿Qué me dirá Mercurio? ¿Me traerá el rigor de Júpiter, o su clemencia? (*Entra un esclavo*

portador de su bandeja, ánforas y vasos.) ¡Oh, excelso amigo: abrevia el espacio que me separa de tu divina presencia!

Mercurio.- *(En la puerta del foro, saluda con serena majestad.)*

Salud, hijo de Pherés, soberano de Tesalia.

Admeto.- ¡Gloria y honor a ti, Hermes, mensajero de los dioses!...Creí que no vendrías. ¡Ah! Las horas de ansiedad parece que no tienen fin.

Mercurio.- He tardado muy poco, Admeto.

Gorgias.- Muy poco. Antes de venir aquí tuvo que ir más allá de Egipto a comunicar los mandatos de Júpiter.

Mercurio.- Pero, en fin, ya estoy aquí. En menos de una hora he recorrido todo el Egipto y la Nubia, hasta los confines de Abisinia, Etiopía.

Admeto.- ¡Bendito seas mil veces, si traes la paz a la casa de Admeto!

Mercurio.- Vengo a la casa del amigo que me dio albergue y sustento cuando fui condenado a la vida mortal.

Gorgias.- Aunque trae, como ves, los atributos de su divinidad, no le han conocido al llegar a tu palacio.

Admeto.- Mejor; así quiero que sea.

Mercurio.- *(Con elegante humorismo, sentándose junto a la mesa.)*

En el jardín que precede a los pórticos vi a tu padre, el noble Pherés, con otros ilustres ancianos, jugando al disco. Pasé junto a él sin que advirtiera mi presencia. Luego, en los pórticos, estaba tu madre, la venerable Erectea, con Demofonte, el sacerdote de Delfos. Ya sabes que éstos no se apartan de las damas ilustres y ricas. Tu madre, que rodeada de sus doncellas, se ocupaba en labrar primorosos tapices, me vio al pasar, y por algo que le dijo el grave ministro de mi hermano Apolo, comprendí que me había tomado por el actor Sofronio, que de pueblo en pueblo representa el papel de Mercurio en la famosa tragedia de Tespis *La muerte y la vida*. Dejándoles en su engaño, pasé de largo y entré.

Admeto.- ¡Qué gracioso! Te han tomado por Sofronio.

Gorgias.- Que es un gran cómico, y te imita tan bien, que fácilmente se le confunde contigo.

Admeto.- (*Impaciente.*) Bien, bien; vamos al asunto. Tu semblante risueño me dice...Habla, habla: sin duda me traes la salvación.

Mercurio.- (*Cogiendo un pastelillo, se lo come.*) No cantes victoria tan pronto, Admeto. Algo bueno te traigo; no todo lo que tú y yo deseamos.

Admeto.- ¡Oh, dímelo pronto! Quítame el dogal de la incertidumbre.

Mercurio.- Hablé con Júpiter. En mi acento puse la expresión más elocuente de mis deseos y del amor que te profeso. Pero, ¡ay!... mi padre se mostró inflexible. A mis argumentos y a mis palabras de ternura, opuso una severidad despiadada. Hubiera yo podido alcanzar alguna benevolencia insistiendo en mis súplicas hora tras hora; pero la orgullosa Juno, inflamando con razones coléricas el corazón de Júpiter, puso término a mis esperanzas. No hay salvación: tu sentencia no puede ser en modo alguno revocada.

Admeto.- ¡Ay de mí! (*Oculto su rostro entre las manos.*)

Gorgias.- Tus primeras palabras, divino Hermes, fueron consoladoras para el infeliz Admeto. Dijiste...

Admeto.- Que algo bueno me traías. ¿Dónde está?

Gorgias.- Dínoslo pronto.

Mercurio.- (*Indicándoles con un gesto que aguarden, apura una copa, manteniéndoles en intensa ansiedad.*) Del dios iracundo no esperes nada, Admeto...Pero yo, poniendo en tortura mi mente para buscar un arbitrio que salve tu vida preciosa, encontré al fin...

Admeto.- (*Vivamente.*) ¿Qué has hecho?

Gorgias.- ¿Qué has discurrido?

Mercurio.- (*Sigiloso.*) He hablado con la Parcas.

Admeto.- ¡Ah!

Gorgias.- Las divinidades que cortan el hilo de nuestra existencia.

Mercurio.- Largos razonamientos empleé para convencerlas...y al fin...

Admeto.- (*Con ansiedad.*) ¿Viviré?

Mercurio.- Ten calma. Las Parcas no pueden dejar de cumplir las sentencias de Jove...Pero sensibles a mis ruegos, al ruego de un dios tan querido de los humanos, se acomodan a salvarte la vida sin faltar a la ley.

Admeto.- (*Confuso.*) Pero ¿cómo es eso? No entiendo.

Gorgias.- Yo sí lo entiendo. Será que...

Mercurio.- Las Parcas, ¡oh, Admeto!, consienten que conserves tu vida con tal que muera en tu lugar voluntariamente otra persona de tu familia.

Admeto.- ¡Oh, viviré!...(Confuso y aturdido.) ¡Otra persona...de mi familia...!(*Cae en profunda meditación.*)

Mercurio.- Te devuelvo lo que más amas, Admeto: la vida.

Admeto.- Sí, Hermes; amo la vida. Pero no veas en mi egoísmo ningún móvil innoble. ¡La vida! Mil veces la puse en peligro por servir a los dioses y a los humanos. Mil veces las flechas de los enemigos, el furor de las olas y las tempestades del cielo, me acercaron a la morada de Plutón. Yo desprecié la vida cuando los dioses me pidieron el sacrificio de ella. Pero hoy quiero poseerla y conservarla, no por el gusto de los placeres fugaces, sino por la gloria y la felicidad de mis estados. Amo la vida por el poder, por el mando; amo el gobierno, porque la unión y el concierto de los pueblos está bajo esta mano vigorosa. Mi mayor goce es hacer justicia; castigar a los malos, premiar a los buenos; distribuir entre mis súbditos los bienes de la tierra, para que ninguno carezca de ellos y ninguno los disfrute con exceso. Por esto amo la vida, ¡oh Hermes divino!, y al recibirla de tu mano generosa me declaro tu esclavo, y tendrás, día tras día, mi ofrenda piadosa en tus altares.

Mercurio.- (*Levantándose.*) La vida conservarás, Admeto. Mas para ello, no lo olvides, ha de sacrificarse voluntariamente...

Admeto.- ¿Quién? (*Permanece un instante en gran perplejidad.*)

Mercurio.- Tú lo verás.

Gorgias.- (*Aparte a Mercurio.*) Ya veo clara la solución. Nos la facilitará el padre de Admeto, Pherés, que ya se encuentra en los límites de la vida, y sin duda se prestará gustoso a...

Mercurio.- ¿Oyes, Admeto?

Admeto.- (*Respirando con desahogo.*) Sí, sí. Esa idea cruzó por mi mente cuando me dijiste el arbitrio propuesto por las Parcas. ¡Ya, ya tengo la solución! ¡Ay! (*Expresando su júbilo con movimientos expansivos.*) ¡Qué descanso! Claro, lo que digo: ¿para qué quiere mi padre vivir más? si sus años, ¡qué digo años!, sus días están contados?

Mercurio.- Tienes razón, Admeto. El buen Pherés ha vivido ya bastante, empleando sus años verdes, sus años maduros, en todas las actividades fecundas.

Gorgias.- ¡Y que no se ha divertido poco el antes infatigable, hoy caduco Príncipe de Tesalia!

Mercurio.- Es muy posible, querido Admeto, que tu buen padre...Pero antes de proponerle el sacrificio conviene que sepa...

Admeto.- Sí, sí; al momento.

Gorgias.- (*Oficioso.*) ¿Quieres que yo le prevenga?

Admeto.- La solución es tan lógica, tan justa, tan razonable, que... nada, nada: esto es hecho.

Mercurio.- Calma, calma. Esperemos a oír su conformidad...Vete, Gorgias, y...

Gorgias.- Pronto lo sabremos. (*Vase rápidamente por el foro.*)

Escena III

Admeto y Mercurio

Admeto.- (*Inquieto, paseándose.*) Esto es hecho. Por segunda vez mi buen padre me dará la vida.

Mercurio.- (*Con aire flemático, después de apurar una copa.*) Aún no sabemos...

Admeto.- (*Inquieto ante la frialdad de Mercurio.*) ¿Pero tú dudas que mi padre...?

Mercurio.- Los dioses, querido Admeto, no dudamos ni creemos. Contemplamos el rudo batallar de la vida mortal, y juzgamos vuestras acciones, no por lo que nos marca la

lógica rigurosa, sino por lo que nos ofrece la movible variedad de vuestros caracteres.

Admeto.- (*Nervioso y un poco exaltado.*) ¡Ah! ¡Los dioses! Ellos nos lanzan a este oleaje de la vida; nos dan el albedrío, dejándonos entregados a una fatalidad ciega. ¿Por qué a los buenos no nos dais siquiera una chispa de rayo que aniquila a la maldad?...Luego nos sentenciáis y condenáis por culpas que no han manchado nuestra conciencia. (*Con creciente exaltación.*) Queremos ser puros, y nos hacéis malvados; queremos ser justos, y vosotros...(*Corrigiéndose súbitamente.*) Perdóname, Mercurio, si te he dicho que...

Mercurio.- Sí, amigo; di lo que quieras. Yo no me ofendo porque hables mal de los dioses. Es rutina muy corriente entre los humanos el tirar chinitas a la divinidad. Los dioses, amigo Admeto..., y de ello puedo hablar porque les conozco bien..., somos lo mismo que vosotros. Tenemos vuestras pasiones, vuestras flaquezas, vaciadas en el molde inmenso de la inmortalidad, don exclusivamente nuestro. En lo tocante a virtud y justicia, estamos casi a nivel de vosotros. Ahí tienes a Júpiter, que hoy rige el universo, y sus sentencias, justas o injustas, han de ser acatadas por todo ser viviente. Así está dispuesto, y no hay poder humano que lo contradiga. Vosotros, infelices mortales, resignaos a vivir y a morir dentro de ese plan invariable, y acomodaos a la idea de que no tendréis felicidad fuera de la obediencia constante a la ley que os oprime. Rodarán los siglos. ¿Vendrá, al fin, para los humanos, el día de la inmortalidad que les iguale a nosotros? ¡Quién sabe! Yo no lo sé. (*Levántase y ve a los que llegan.*)

Admeto.- ¡Ay, mi padre; ya está aquí!

Escena IV

Admeto, Mercurio, Pherés, Gorgias, Aristipo, filósofo, Cleón, físico y astrónomo

Pherés.- (*Viejo, caduco y trémulo, que se apoya en un palo.*) ¡Admeto, hijo mío! ¿Qué es esto que me ha dicho Gorgias?

¿Tú, condenado por Júpiter, pretendes que yo sacrifique mi vida por la tuya? Yo deploro tu sentencia. Pero ésta procede de la sacra voluntad de Júpiter, y sería en mi grave falta de oponerme a su cumplimiento. ¿No lo conoces? ¿No lo comprendes?

Admeto.- Sí, padre. Pero creía y creo que en este caso inaudito debemos pedir la solución, antes que a los designios de Júpiter, a las leyes de la Naturaleza...Tú has vivido largos años, padre, y has gustado sin tasa las dulzuras de la vida. ¿Qué mucho que yo te pida que sacrifiques a mi juventud el corto tiempo que te separa del sepulcro?

Pherés.- Hijo mío: yo te di el ser; mas no estoy obligado a prolongar tu existencia a costa de la mía. Además, reconoce que yo no soy culpable del delito porque has merecido la soberana sentencia...Cierto que soy viejo, pero todavía tengo salud; como, bebo, respiro bien, entretengo las horas en grata conversación con mis amigos; paseo, gozo de la frescura del ambiente, de la hermosura del cielo, y hago moderado ejercicio para mantener la sutileza de mis miembros. ¡La vida es grata..., díganlo todos los presentes..., hermosa y dulce, y el prolongarla es deber elemental de cuantos gozamos de ella!

Admeto.- (*Contrariado y ceñudo.*) Está bien, padre. No he dicho nada.

Pherés.- Pero ese que veo junto a ti, ¿es el divino Mercurio?

Mercurio.- Mercurio soy. He venido a visitar a mi amigo Admeto, y por él conozco el grave conflicto para el cual no veo solución dentro de lo humano.

Pherés.- Y...¿has oído la contestación que he dado a mi hijo?

Mercurio.- Sí. Y nada tengo que oponer a lo que has dicho, Pherés, inspirándote en el fuero de la Naturaleza. Sólo quisiera saber qué opinan de esto los amigos que te acompañan. Que hable Aristipo, filósofo que estudia los arcanos del ama y de la vida.

Aristipo.- Mi filosofía, fruto de arduos estudios, consiste en hermanar la voluptuosidad con las virtudes. ¡Gran beneficio

creo prestar así a la humanidad! Solicitada mi opinión sobre lo que Admeto propone a su padre, digo y sostengo que Pherés no debe renunciar a sus días, sino mantenerlos y guardarlos para sí, porque en ellos florecerán aún las bellas acciones y los lícitos placeres.

Mercurio.- (*Señalando a Cleón.*) ¿Y tú?

Cleón.- Mi ciencia es la astronomía: el giro de las estaciones, el flujo y el reflujo de los mares, el organismo de los reinos animal y vegetal, sujetos a la influencia del sol, del aire y de las aguas. Y, aplicando mis estudios al caso que ahora se nos propone, afirmo que, siendo el morir y el vivir estados relativos, nadie debe amar demasiado la vida ni temer con exceso la muerte.

Gorgias.- Oscuro es tu dictamen, Cleón, y en cuanto al de Aristipo, disiento en absoluto del parecer de tan sabio filósofo. Yo cultivo la historia en mis estudios de los hechos, y por eso sostengo y digo que...(*Siguen discutiendo en voz baja los tres sabios en derredor de Pherés, que está sentado a la izquierda del proscenio. En tanto, Mercurio y Admeto se alejan hacia la derecha, hablando aparte.*)

Admeto.- (*Desolado.*) ¡Buena la has hecho, Mercurio, al solicitar la opinión de esos malditos sabios!

Mercurio.- (*Risueño.*) Ahí tienes los parásitos que sientas a tu mesa un día y otro. Así te pagan los convitazos que les das.

Admeto.- Mi esposa, la divina Alceste, tiene gusto en agasajar a los filósofos, artistas y poetas, pensando que de este modo da mayor brillo y ornamento a nuestra corte. Alceste se deleita con la compañía de estos hombres de genio. A mí me enfadan: créelo.

Mercurio.- Gorgias está de tu parte. Quizás lo estén también los que acompañan a tu madre. Espero yo que la venerable Erectea sea más benigna contigo que tu padre.

Admeto.- Yo también creo que mi madre...Me quiere entrañablemente...Además...¡está acabada!

Mercurio.- Aquí viene ya.

Admeto.- Háblale tú. Te lo suplico.

Escena V

Admeto, Mercurio, Pherés, Gorgias, Aristipo, Cleón, Erectea, que entra por el foro acompañada de Demofonte, sacerdote de Delfos, y de Polícrates, músico flautista. La Princesa Erectea es una anciana un poquito encorvada, muy bien arregladita y compuesta; el adobado rostro, risueño; el pelo, canoso, peinado con exquisita elegancia. Su andar es trabajoso. Pendiente del brazo trae un lindo cestito con golosinas. Demofonte es un varón robusto, de lengua barba. Erectea.- (*A Admeto, que avanza a su encuentro.*) Hijo, estás en buena compañía. Tienes aquí todo lo más ilustre que hay en Tesalia. (*Fijándose en Mercurio.*) ¡Ah! También está aquí el famoso histrión Sofronio, que prodigiosamente imita la imagen, el ademán y el acento del divino Hermes.

Admeto.- No, madre. Es el propio Mercurio, que ha venido a visitarme y a recordar conmigo el dulce tiempo en que fue mi huésped y pastor de mis ganados.

Erectea.- ¡Ah!...(*A Mercurio.*) Cuando entraste no te conocí, ¡oh dios tutelar de nuestra casa!

Admeto.- El amigo de nuestra familia, desde que le dimos hospitalidad cuando Júpiter le condenó a la vida mortal, desea hablarte de un asunto referente a tu hijo.

Mercurio.- Oídme un momento, Princesa venerable. (*La conduce a segundo término de la escena, por la derecha, para hablar a solas.*)

Admeto.- (*A Demofonte y Polícrates.*) Venid aquí, amigos, y probad de este rico vino que me han traído de Cyrene. (*Les lleva a la mesa donde Gorgias obsequia con copas a los del otro grupo.*)

Aristipo.- Puedes decir, Admeto, que posees las mejores viñas de Tesalia.

Demofonte.- Consérvete este precioso néctar mi dios Apolo, rey de la esfera luminosa, que da vida y calor a todo lo creado.

Pherés.- Esas viñas las plantó mi padre cuando los argonautas volvieron de su expedición a la Cólquida.

Gorgias.- Es un vino que inspira pensamientos alegres y no embriaga nunca.

Cleón.- (*Ofreciendo vino a Polícrates.*) Bebe tú también, Polícrates, eminente flautista, que el buen vino es el mejor amigo de la inspiración musical.

Polícrates.- Néctar delicioso, remoza mi espíritu y mi lengua. Tú me transmites el secreto de los sonidos dulces que embelesan el alma. (*Bebe.*)

Erectea.- (*Enterada ya del conflicto de Admeto.*) ¡Por Cástor y Pólux! La desgracia de mi hijo me traspasa el alma. Pero no tengo ánimo para remediarla. (*Avanza con Mercurio hacia el proscenio y se les une Admeto.*) Admeto, hijo mío; hace tiempo temía yo el castigo de Júpiter por le desgraciado suceso de la cacería en el monte Hymeto. La sentencia ha caído sobre ti, y no debes pedir a ningún mortal que expíe las culpas que no ha cometido. Esto sería ofender al padre de los dioses, y burlar su justicia...Yo, bien lo sabes, no fui muy feliz en mi juventud, ni he conocido las dulzuras de la vida hasta llegar a mis años maduros. Mi vejez es feliz, tranquila y alegre. Gozo buena salud; el sueño suaviza mis noches; ningún enojo me conturba. Entretengo mis días plácidos labrando con mis doncellas tapices primorosos de finísimas lanas, y en mis breves ocios platico con los sacerdotes de Apolo, que cultivan y enseñan la ciencia del espíritu y el misterio de la inmortalidad.

Admeto.- (*Aparte, consternado.*) ¡Oh cruel destino mío!

Erectea.- La alegría de vivir jamás hasta hoy la conocí. Yo no me ofrezco, hijo mío, a morir en tu lugar. Tal sacrificio es contrario a la divina ley. Amo la vida; soy dichosa...¡No debo, no quiero morir!

Admeto.- Basta, madre. No digas más.

Mercurio.- Admeto es hombre de fibra y se somete animoso a su fiero destino.

Demofonte.- *(Que se acerca al grupo y oye las últimas palabras.)* Ya sabía yo por el oráculo de Delfos, la sentencia de Admeto. Mas no quería decirlo... Como sacerdote de Apolo, aconsejo a Erectea que no sacrifique su vida por la del desgraciado Admeto. *(Erectea saca del cestillo grosellas de Corinto y las come.)* Cada cual es responsable de sus acciones, y la divina justicia no puede ver con buenos ojos que los inocentes sustituyan a los culpables. *(A Admeto.)* Perdóname, Admeto, si...

Admeto.- *(Interrumpiéndole con arrogante entereza.)* Tengo el valor de mis actos. Tengo también el valor de mi expiación. No se hable más de esto.

Erectea.- *(Ofreciendo grosellas al sacerdote de Delfos.)* Prueba, Demofonte, estas ricas grosellas, medicina infalible para quitar las arrugas. *(Demofonte acepta la oferta.)* No las como por presunción, sino por salud. *(A Polícrates.)* Prueba tú también, Polícrates, que en el cultivo de la música y el tañer de la flauta has envejecido antes de tiempo.

Polícrates.- *(Aceptando el obsequio.)* Gracias, Erectea. Y que vivas mil años para felicidad de tus protegidos.

Erectea.- *(Dirígese a la mesa.)* Dadme a probar de nuestro vino exquisito que remoza los cuerpos caducos.

Demofonte.- *(Escanciando el vino.)* Bebe, Princesa, que esto ayuda a confortar los cuerpos y a alegrar los espíritus, disponiéndolos para un largo vivir. Acertada estuviste en negar a tu hijo un sacrificio que es contrario a las leyes de la justicia eterna.

Pherés.- Nadie está obligado a expiar las culpas ajenas.

Admeto.- *(En el proscenio derecho, con Mercurio.)* ¡Ya no hay salvación para mí!

Mercurio.- Resígnate, amigo. De tus padres nada esperes ya.

Admeto.- Su egoísmo puede más que su piedad.

Mercurio.- No hables de egoísmo mientras no ahogues el tuyo con las más altas virtudes del alma.

Admeto.- *(Con altivez.)* Yo sabré morir... *(Llamando a Gorgias.)* Gorgias, amigo: ven. *(Acude Gorgias a su lado.)* Me ahogo aquí. Anhele el campo, el aire, la plena luz.

Mercurio.- Aguarda un poco. Tu muerte está señalada para la próxima media noche. En las horas que te restan de vida ocúpate en dictar tus postreras disposiciones, que han de alcanzar a las cosas tocantes al gobierno, a la regencia que ha de recaer en las manos de la divina Alceste, y al porvenir de tus tiernos hijos.

Admeto.- Así lo haré...¿Y después?...

Mercurio.- Llegado el instante fatal (*Con naturalidad.*) te mueres tranquilamente.

Admeto.- ¡Tranquilamente!

Mercurio.- Sin dolor... sin agonía.

Gorgias.- Con la tranquilidad del justo, quiere decir.

Mercurio.- Y después que hayas fenecido yo seguiré demostrándote mi amistad.

Admeto.- (*Perplejo.*) ¿Después de fenecido?

Mercurio.- Sí; ya te he dicho que en el Olimpo me aburro lo indecible. No tienes idea de lo desabrida que es la conversación de los dioses. ¡Siempre lo mismo!...Que si las leyes universales, que si la armonía eterna, que si la infinidad de lo infinito...Por eso adoro yo la humanidad, y es mi mayor placer andar entre los mortales. Cuando tú hayas muerto, los ratos que me deje libre mi oficio de vigilar los caminos y los ladrones, proteger el comercio y llevar y traer recados de Júpiter por toda la tierra, los emplearé en hacerte compañía...

Admeto.- ¿Dónde?

Mercurio.- En los infiernos. El reino de Plutón no es tan feo y horripilante como creéis los mortales. Naturalmente, se influirá para que no te manden al Báratro, y menos al Averno, donde sufren eterno suplicio los grandes malvados. Quedarás en el Erebo, mansión de sosiego, de dulce penumbra e inalterable paz somnífera. Allá iré yo y pasaremos juntos por la soledad, sin rumores, a orillas del Leteo. Platicarás con la bella Proserpina, y el mismo Plutón, que sabe distinguir a los héroes de los muertos vulgares; te haré menos penosa la sombría eternidad.

Admeto.- (*Impaciente.*) Salgamos ya. (*A Mercurio.*) Despidete de los excelsos príncipes y de los insignes parásitos.

Mercurio.- (*Jovial.*) Los dioses no se despiden: desaparecen. Vámonos. (*Empujando a Admeto fuertemente salen a escape por la derecha, seguidos de Gorgias.*)

Escena VI

Pherés, Erectea, Aristipo, Cleón, Demofonte y Polícrates

Erectea.- ¡Desdichada Alceste! Esta noche será viuda...¿Debemos darle conocimiento de la inexorable sentencia?

Pherés.- No, no. ¿A qué amargarle las pocas horas que le restan de felicidad? (*Se siente ruido de voces alegres por el foro.*)

Silencio; Alceste viene con sus hijos y sus doncellas.

Erectea.- Traen consigo toda la bullanga y alegría de los ejercicios gimnásticos.

Demofonte.- Yo, como sacerdote de Delfos, infalible en mis opiniones, os recomiendo que no digáis a la reina el infortunio que la espera. Vosotros, Pherés y Erectera, debéis prevenir sin demora los acontecimientos que ha de traer consigo la muerte inevitable del soberano de Tesalia.

Pherés.- (*Sigilosamente.*) Sí, sí; será precioso constituir la Regencia trina. Alceste, tú (*Por Erectea.*) y yo. (*Se pone en pie temblequeando.*)

Erectea.- (*Comiendo grosellas.*) Trina, trina. ¿Qué sería de Alceste sin el concurso nuestro? Somos la estabilidad, el orden, la madura experiencia. Somos...

Cleón.- (*Mirando por la puerta del foro que da a los jardines.*) La reina.

Erectea.- ¿Sola?

Cleón.- No. Con ella viene Tisbe, su inseparable amiga y camarera, los principitos, la esclava Friné y el séquito. (*Aparece Alceste con sus hijos y séquito.*)

Escena VII

Pherés, Erectea, Aristipo, Cleón, Demofonte, Polícrates y Alceste, con traje y corona de reina. Detrás, Tisbe, conduciendo de la mano a Eumelo de ocho años de edad, que trae arco y aljaba con flechas. Luego la esclava Friné, que lleva en brazos a la princesita Diomeda. Séquito de Doncellas y Esclavas

Alceste.- (*Gozosa, cogiendo a sus hijos de la mano.*) Venid, hijos míos. Aquí están vuestros abuelos y los amigos de nuestra casa. (*Con ardiente entusiasmo maternal.*) Adelántate tú, Eumelo, y recibe la felicitación por tu destreza en los ejercicios que exige la educación de un príncipe guerrero.

Erectea.- ¿Venís del gimnasio? (*Recibe en sus brazos a Eumelo y le acaricia.*)

Alceste.- Sí, allí paso las horas. No hay para mí delicia mayor que presenciar el trabajo vigoroso de mi amado hijo.

Tisbe.- Esta tarde manejó el arco con tal acierto, que sus maestros han quedado absortos.

Alceste.- De veinte flechas que disparó, diez y ocho se clavaron en el centro del blanco.

Pherés.- ¡Oh, qué hijo tan valiente! Ven acá, príncipe mío, esperanza de Tesalia. (*Le acaricia.*)

Alceste.- ¡Pues si le vierais a caballo! Con qué arte, con qué maestría dio tres vueltas al hipódromo rigiendo la briosa jaquita que tiene para su estudio.

Erectea.- (*Acariciando a Eumelo.*) Ven aquí, joya del mundo, esperanza de Grecia.

Alceste.- (*Besando a la niña.*) Y a ti, Diomeda, ¿no te felicitan? Pues sí; también debéis felicitarla, también merece vuestros plácemes la niña.

Tisbe.- ¡Si la vierais aprendiendo la danza délfica para bailar en las solemnidades hieráticas de Apolo!

Demofonte.- ¡Oh, sí; ya lo sé! Sus maestras, las dos sacerdotisas Ariadna y Casiopea, me han dicho que es un portento esta princesita bailando la danza litúrgica.

Alceste.- Esta noche, después de la comida, bailará Diomeda para que la vean sus abuelos y estos excelsos amigos de mi casa.

Todos.- Sí, sí; ya lo veremos..., la festejaremos.

Alceste.- Ahora, hijos míos, que Friné os lleve a vuestro aposento y os disponga para la comida. (*Vanse los niños con Friné y las personas del séquito.*)

Aristipo.- Excelsa soberana, el júbilo que advertimos en tu semblante nos colma de satisfacción.

Alceste.- Sí, nobles amigos. Todo me sonrío en la hora presente. Dijérase que los dioses se esmeran en rodearme de felicidad. Veo a mis hijos saludables, bien encaminados hacia la virtud y el valor; veo a mi esposo en la plenitud de su inteligencia, gobernando los reinos y repúblicas que están bajo su mando; veo a mi amada Tesalia feliz, gozando de los beneficios de la paz, trabajando por adquirir cada día mayor bienestar y grandeza. (*A los sabios.*) Vosotros, que cultiváis las ciencias y las artes, aplicad vuestro saber al florecimiento de los pueblos de Tesalia. (*Se sienta, y unos en pie y otros sentados, se agrupan junto a ella.*)

Aristipo.- Por mi parte, ¡oh, Reina!, procuro que mis estudios sean provechosos al pueblo.

Cleón.- Yo me desvelo por llevar a las muchedumbres el conocimiento de los astros que esmaltan la techumbre celeste; el régimen de las lluvias y de las tempestades; los efectos del sol y la luna sobre la tierra.

Alceste.- Tú, Polícrates, con el arte músico en que eres maestro, endulzas las penas de la desdichada humanidad.

Polícrates.- Sí, mi Reina. Poseo y enseño el arte de mitigar el dolor humano con los sonidos bien concertados y armoniosos.

Alceste.- (*A los Sabios.*) Pronto os entregaré a mi hijo para que adornéis su mente con todas las artes y ciencias.. ¡Cuánto honráis mi casa y mi corte, varones insignes! A vosotros, y al venerable Demofonte, les invito a comer este

noche conmigo, con Admeto, con mis queridos padres Erecte y Pherés, y mi nodriza Tisbe.

Erectea.- (*Suspirando.*) ¡Ay!...Perdóname, Alceste: necesito recogerme pronto. No estoy alegre. Mi espíritu preferirá esta noche la soledad al bullicio de tus festines.

Pherés.- (*Con acento triste. Levantándose, apoyado en su palo.*) Yo también requiero esta noche el descanso.

Alceste.- Pero ¿qué?... ¿Estáis enfermos?

Erectea.- (*Con semblante compungido.*) No... pero...

Pherés.- No; enfermos, no, Alceste...Es que nuestra edad nunca faltan presagios negros...y temores de sucesos imprevistos.

Erectea.- Te dejamos, hija mía. Mañana nos tendrás a tu lado.

Pherés.- ¡Oh, sí; a tu lado siempre, así en los días felices como en los adversos! (*Hacen reverencia ante Alceste y pasan lentamente hacia la izquierda hablando entre sí.*)

Demofonte.- (*En pie, despidiéndose de la Reina.*) ¡Oh Reina! Dame licencia para retirarme.

Alceste.- ¿También tú, Demofonte?

Demofonte.- También, reina. Me reclaman mis obligaciones en el Templo de Apolo.

Pherés.- (*Aparte, a Erectea.*) ¡Desdichado Admeto! ¡Qué dolor!

Erectea.- (*A Pherés, suspirando.*) ¡Dolor inmenso que no podemos de ningún modo evitar!

Pherés.- (*Muy quedamente.*) En fin, ¡qué hemos de hacer!...Cenaremos frugalmente, que de noche no es bueno el mucho comer...Más tarde trataremos el modo de implantar sobre sólida base la Regencia trina.

Erectea.- (*Señalado con tres dedos.*) Trina, trina ha de ser. (*Salen despacito por la izquierda, seguidos de Demofonte.*)

Alceste.- (*A los tres sabios, que también se despiden.*) ¿También vosotros me dejáis? Tú, Aristipo, necesitas la soledad de la noche para conciliar la voluptuosidad con las virtudes. Tú, Cleón, te engolfarás en la contemplación de la bóveda celeste. Y tú, Polícrates, quieres consagrar todo tu tiempo al divino arte de Orfeo. Idos, idos en buen hora. Que os

inspiren las Musas, y que el mismo Apolo os lleve pronto a las más altas cumbres de la gloria.

Aristipo.- Acepta, ¡oh reina!, nuestros rendidos homenajes.
(*Hacen los tres sabios profunda reverencia y se retiran por el foro.*)

Escena VIII

Alceste y Tisbe; después Gorgias y Admeto, Hiperión

Alceste.- (*Confusa, inquieta, viéndoles partir.*) Todos me dejan... Veo con pena que esos magnates de la sabiduría, ordinariamente tan aficionados al buen comer, rehusan hoy mi invitación...

Tisbe.- Extraña cosa, en verdad.

Alceste.- Pherés y Erectea, al despedirse, me dijeron no sé qué palabras obscuras, siniestras...

Tisbe.- (*Mirando hacia la izquierda.*) En los padres de Admeto habrás notado sobresalto y turbación...

Alceste.- Ellos, tan joviales, que prolongan su vejez con cuidados exquisitos y saborean la vida en los años caducos, esquivan esta noche los placeres de la mesa para confinarse en sus aposentos solitarios... (*Cavilosa.*) Algo les pasa..., algo piensan y temen que no han querido decirme...

Tisbe.- ¿Qué será?... ¿Qué ocurrirá?...

Alceste.- ¡Dioses inmortales, divina Minerva, tutelar de mi familia... iluminadme!... ¡Decidme si...! (*Meditabunda.*) ¿Será que...? ¡No!... ¿Será...? (*Agitadísima, recorriendo la escena.*) ¡Oh, mis hijos... Admeto!...

Tisbe.- No, no... Será quizás un disturbio popular, una de esas alteraciones que ocurren en los pueblos...

Alceste.- No. (*Angustiada.*) El corazón me dice que es algo que me hiere en lo más vivo... en mi familia... en mis afectos... (*Recorre la escena llamando a gritos a su esposo.*) ¡Admeto! ¡Admeto!...

Gorgias.- (*Presuroso, por la puerta derecha.*) ¿Llamas, mi reina?

Alceste.- (*Impacientísima.*) Admeto, Admeto... ¿Dónde está?

Gorgias.- Despachando asuntos de Estado con el noble Hiperión, custodio de los archivos, dignatario mayor del Reino...*(Mirando por la derecha.)* Ya concluyen...Ya vienen.

Admeto.- *(Entrando por la puerta derecha.)* ¿Me llamabas, Alceste?

Alceste.- *(Corriendo hacia él, le echa los brazos al cuello.)* Sí. Ven. Dime. *(Admeto, al verse junto a Alceste, compone su rostro, fingiendo completa tranquilidad.)* ¿Ocurre algo en nuestra familia?

Admeto.- No. Nada ocurre, alma mía, encanto mío, ser de mi ser.

Alceste.- ¿De veras? ¿Me dices la verdad?

Admeto.- Sí, sí, la verdad.

Hiperión.- ¿Qué puede ocurrir aquí que el Rey y yo no sepamos?

Alceste.- ¿Estás contento? *(Mirándole a los ojos.)* Me parece que no.

Admeto.- Contento estoy... ¿no lo ves? *(Se ríe.)* Y a ti, ¿qué te pasa?

Alceste.- Nada... una idea fugaz... un presentimiento...

Admeto.- Creí que no estabais solas.

Alceste.- ¡Ay, esposo mío! Aún ignoras la gran novedad. Los sabios, que estaban aquí hace un momento, no han querido comer con nosotros. ¿Ves qué cosa tan rara?

Admeto.- Sí que es raro.

Gorgias.- *(Aparte.)* Caso inaudito que debo anotar en mis anales.

Hiperión.- ¿Los sabios no quieren comer bien?...El mundo se desquicia.

Alceste.- Pues el sacerdote de Delfos también ha desertado.

Admeto.- *(Riendo más.)* Mejor. Así no nos entristecerán la comida hablándonos del oráculo... de la ira de los dioses... y qué sé yo.

Hiperión.- Demofonte no habla cuando come.

Alceste.- *(Contagiada de la risa de su marido.)* Pero no sabes lo más gracioso: que los viejos también nos abandonan.

Tisbe.- ¡Parece mentira! ¡Ellos, que tanto gozan con la buena mesa!...

Admeto.- (*Abrazando a Alceste con gran ternura.*) No nos aflijamos, mi reina, por la ausencia de los sabios y de los viejos.

Alceste.- Rey mío, don de los dioses es a veces la soledad.

Admeto.- Comeremos en familia, con nuestros hijos, con Tisbe, Hiperión y el bueno de Gorgias. (*Se descorre un tapiz del foro y aparece un esclavo que anuncia la comida. Se ve el comedor con la mesa preparada, servidores, etc.*) Vamos ya. Vamos, que es hora.

Alceste.- (*Muy contenta, abrazada a Admeto, dirigiéndose al foro.*) Vamos. Solos con nuestros hijitos y el fiel amigo. Horas de alegría, ¡venid! (*Detrás Tisbe e Hiperión.*)

Hiperión.- (*Volviendo la cabeza antes de entrar en el comedor, ve a Gorgias, que ha sacado sus tabletas y se dispone a escribir.*) Gorgias, no tardes. A comer, y deja ahora tus historias. (*Entran en el comedor Alceste y Admeto, y vuelve a correrse el tapiz.*)

Gorgias.- (*En el proscenio, con expresión tristísima, dando un gran suspiro, anota en sus tabletas esta frase:*) Esta noche, al sonar las doce, muerte del rey Admeto, soberano de Tesalia. (*Se dirige al comedor.*)

Telón.

ACTO SEGUNDO

Cámara en el palacio de los reyes de Tesalia. Al fondo, puerta con tapices, que da paso a las habitaciones de Alceste y de sus hijos. A la derecha, puerta que da acceso a otras estancias donde moran Erectea y Pherés. A la izquierda, puerta que comunica con las galerías y aposentos del resto del palacio. A la derecha del proscenio, un canapé. Al pie del mismo una mesita. Sobre la mesa, y esparcidos por el suelo, los juguetitos de la niña Diomeda, que consisten en diferentes objetos de barro: animales, cráteras, anforitas, etc, etc. En distintos lados de la estancia dos columnas altas, que sostienen lámparas encendidas. Taburetes, escaños, etc; las paredes de la estancia están adornadas con pinturas murales. Es de noche.

Escena primera

Alceste, sentada en el canapé y en actitud llorosa y meditabunda. Tiene a su lado a la princesita Diomeda, que se ha quedado dormida. Tisbe, que entra por el foro, seguida de Friné

Tisbe.- *(En la puerta del foro.)* ¡Ah!... La niña se ha dormido. *(Acercándose de puntillas.)* ¡Reina mía!

Alceste.- *(Alzando el rostro.)* ¡Ah! ¿Eres tú, Tisbe?

Tisbe.- ¿Lloras?

Alceste.- *(Limpiándose las lágrimas.)* He llorado... sí... buscando la clave de un enigma tristísimo. *(Friné recoge los juguetitos que Diomeda dejó abandonados en el suelo, y los va poniendo sobre la mesa.)*

Tisbe.- La Princesita se ha rendido al cansancio.

Alceste.- Sí... al torbellino de su juego febril, loco...Nunca la vi tan retozona y traviesa como esta noche. Después de bailar con mucha gracia, estuvo largo rato enredando con sus cráteras y ánforas diminutas...Luego vino a que le contase cuentos. La puse sobre mis rodillas, y apenas empecé a contarle la historia de Filemón y Baucis, se me quedó dormidita.

Friné.- ¿Me la llevo para acostarla?

Alceste.- Aguarda un instante. ¿El príncipe Eumelo, está todavía despierto?

Friné.- No, reina, ya duerme...¡Ay, qué niño!...¡Qué genio, qué bravura y ardimiento en tan cortos años! Cuando sus padres les permitís apartarse de vuestro lado, corre a donde estamos los servidores, y allí nos divierte y nos asombra refiriéndonos las hazañas de los héroes más grandes de la Grecia.

Tisbe.- A mí me contó una noche el combate de los Lapitas y los Centauros.

Friné.- A nosotros nos ha referido las proezas del glorioso Perseo cuando se lanzaba a los desiertos de Libia en persecución de las terribles Gorgonas...El príncipe, como histrión perfecto, se figura ser el héroe mismo. ¡Qué fiereza, qué nobles actitudes!

Tisbe.- ¡Qué gloria de Príncipe, qué retoño de un héroe, de un gran Rey!

Alceste.- No sigáis, os lo ruego. La preciosidad de mi hijo, que sido siempre mi encanto y mi orgullo, aviva la tristeza que llevo en el alma...(Pausa.) ¿No habéis notado que esta noche velan todos en mi palacio más de lo que es habitual?

Tisbe.- Cierto. Mucha gente de alcurnia hay esta noche en la casa de Admeto.

Alceste.- ¿Y los príncipes ancianos, Erectea y Pherés, también velan?

Friné.- En su aposento están, acompañados del venerable sacerdote de Delfos.

Alceste.- ¿Y el Rey?

Friné.- En la Sala del Consejo le vi con Hiperión, el custodio de los Archivos, y otros magnates de Tesalia.

Alceste.- Bien. Llévate la niña. Pon flores y enciende luces frente a la imagen de Minerva que tengo entre los lechos de mis hijos. Iré allí pronto a invocar a mi divinidad tutelar.

Friné.- (*Cogiendo con mucho cuidado a la niña dormida.*) Ven, lucero. Escogeré las flores más bellas y lozanas para ornar el altar de la diosa de la Sabiduría. (*Vase Tisbe por el foro.*)

Escena II

Alceste y Tisbe

Alceste.- (*Como hablando consigo mismo.*) ¡Horas de ansiedad, horas de agonía, corred veloces! ¡Llevadme pronto al término de esta incertidumbre!...Por dura que sea la verdad, nunca lo será tanto como el temerla y esperarla...El enigma pavoroso que desde esta tarde me conturba no me ha dejado ver más que una parte de los horrores que el Destino guarda en su seno...Sólo sé que la vida de Admeto está en peligro próximo, inminente...Sospecho la causa. Ignoro si puede haber remedio para este mal inmenso. (*Pausa.*) Tisbe, tú lo sabes todo y no quieres decírmelo.

Tisbe.- (*Vacilante.*) ¿Yo?... no.

Alceste.- Espero de ti la verdad, que hasta ahora sólo conozco a medias. Tú me criaste, tu seno amoroso me dio la vida, a tu lado crecí, y cuando el buen Admeto puso en mis sienes la corona de Tesalia te traje a mi lado como madre y hermana, como amiga y consejera. Obligada estás...

Tisbe.- (*Con supremo esfuerzo.*) Sí..., sí..., obligada estoy a sacarte de tu incertidumbre...Hora es ya de que sepas lo que tu fiel nodriza te ocultó para no afligirte antes de tiempo....Por amor de ti callaba; pero el piadoso engaño no puede continuar. (*Como queriendo dilatar el momento de sus confidencias.*) Mas dime tú antes cómo ha llegado a ti esa parte de la verdad que conoces.

Alceste.- Días ha que me ronda una tenebrosa inquietud. Venía notando en el rey gran turbación y tristeza. Ayer tarde, cuando Erectea y Pherés y los sabios amigos de la casa rechazaron mi convite, me asaltó un negro presagio, que Admeto quiso disipar con frases de ternura. Pero me quedaron dentro del alma no sé qué recelos

punzantes...Después de la comida fue mi esposo a su aposento para escribir, cosa desusada en tal hora. Me acerqué cautelosa. Quería yo espiar sus pensamientos, sorprender sus actos. Y me causó asombro ver que trabajaba con Hiperión, al cual pide consejo siempre que en Tesalia ocurre algún grave suceso...Aguardé en acecho junto a la puerta. A poco, el Rey subió con Hiperión al archivo donde están depositadas las Constituciones del Anficionado. Yo me deslicé como sombra hasta la mesa donde Admeto escribía...En una tableta trazada por su mano leí estas palabras, que helaron la sangre en mis venas: "Condenado por Júpiter a perder la vida en momento fatal..." Se me nublaron los ojos y estuve a punto de caer desvanecida. Creí perder la razón...¿Qué significa esa horrible sentencia del Padre de los dioses?

Tisbe.- Significa que el caso desgraciado de la muerte de Corydón ha tenido su escarmiento.

Alceste.- ¡Ah, bien clara veo la culpa de mi esposo! Ya me acuerdo. ¡Ay esposo mío, fatal fue para ti la cacería en el monte Hymeto! La muerte que diste al hijo de Liriope te trajo la venganza de la rencorosa Juno.

Tisbe.- La de los niveos brazos, la del blanco rostro ceñudo.

Alceste.- Sí, sí. Júpiter ha condenado al Rey por instigación de su esposa y hermana. Tales sentencias son irrevocables. Imposible sustraerse a ellas, Admeto morirá. ¿Y cuándo?

Tisbe.- Cuando el curso de las estrellas marque el punto que separa las dos mitades de la noche.

Alceste.- ¡Oh cruel sentencia! ¡Oh tremenda desventura!...Pero ¿no ha encontrado Admeto un medio de aplacar la cólera del Dios omnipotente?

Tisbe.- Lo intentó; mas todo ha sido en vano. Intervino en su favor el divino Hermes, y sólo pudo conseguir que las Parcas atenuaran la sentencia en esta forma: "Admeto vivirá si en lugar suyo muere voluntariamente otra persona de su familia."

Alceste.- *(Alelada, como repitiendo la fórmula.)* Vivirá...si muere en su lugar otra persona...de su familia....

Tisbe.- Voluntariamente.

Alceste.- Ya..., ya..., voluntariamente.

Tisbe.- Con este arbitrio se creyó Admeto salvado. Tanto Mercurio como él pensaban que Erectea y Pherés, pobre viejos que viven trabajosamente aferrados a los linderos de la vida, se ofrecerían. En efecto, se les propuso, y...

Alceste.- Y no quisieron...Les conozco bien...Los padres de Admeto no sacrifican ni un día, ni una hora de sus inútiles existencias. La muerte del rey es inevitable. *(Rompe en llanto.)* ¡Oh, Admeto, amor de mi vida, esposo del alma! ¡Ay de mí, ay de mis hijos, ay de Tesalia!...¡No sobreviviré a esta inmensa desdicha! *(Llora amargamente, reclinando su cabeza en el pecho de Tisbe. Esta llora también, y abraza cariñosamente a la reina. Pausa.)*

Tisbe.- Alceste, hija mía. Sin poner freno a tu dolor, cosa en verdad imposible, piensa que, muerto Admeto, en tu mano quedará la Regencia de estos reinos.

Alceste.- ¡Ah, no me hables de eso! Soy absolutamente profana en las artes de gobernar. Mejor que nadie conoces tú mi vida para comprenderlo. Cuando el Rey me trajo a su tálamo no aporté a mi nuevo estado otra ciencia de gobierno que la defensa de los menesterosos que labran la tierra, pastorean los ganados y ofrecen a la humanidad los principales elementos de vida. Testigo es el rey de que sólo he alzado mi voz de reina para patrocinar el libre vivir y la modesta holgura de los humildes.

Tisbe.- En tu corazón alientan los afectos más nobles, en tu entendimiento resplandece una razón clara. Con tales prendas gobernarás estos reinos.

Alceste.- ¡No, no!

Tisbe.- Serénate, reflexiona, eleva tu espíritu a la divinidad. Pide a los dioses que te iluminen.

Alceste.- Invocaré a Minerva, que desde mis primeros años ha inspirado todas mis resoluciones. Cuando mi padre me

consagró a ella, la diosa de la Sabiduría puso en mi cuello este amuleto (*lo muestra.*), que me infunde valor en todos los trances duros de la vida... Voy al aposento de mis hijos, y allí, ante el ara de la diosa, prosternaré mi cuerpo y elevaré mi espíritu.

Tisbe.- Minerva te infundirá dotes de gobierno, maestría para regir el Anfictionado.

Alceste.- ¡Oh divina Minerva, asísteme, ven a mí! (*Dirígese al foro seguida de Tisbe.*) No. Tú quédate aquí y observa; entérate de todo. (*Aparece Friné por la puerta del foro, y asiendo un brazo de la reina se interna con ella.*)

Escena III

Tisbe y Cleón; después, Hiperión y Gorgias, que entran por la izquierda

Tisbe.- ¡Dioses inmortales, poned fin a este suplicio!

Cleón.- ¿Conoce Alceste la triste verdad?

Tisbe.- Sí, toda la verdad. No podía durar más tiempo el engaño...¿Y los viejos?

Cleón.- Están allí...(*Señalando a la izquierda.*) en su aposento, con sus amigos. Demofonte, encastillado furiosamente en su idea de la Regencia trina.

Tisbe.- ¡Qué absurdo, Cleón! En una sola mano ha de estar el gobierno de Tesalia. Así lo hemos convenido. (*Pausa. Entra Hiperión seguido de Gorgias.*)

Hiperión.- La reina, ¿dónde está? Queremos verla.

Tisbe.- Está en el aposento de los principitos. Invoca a Minerva, su diosa tutelar.

Gorgias.- Admeto nos ha prohibido que enteremos a la Reina de la tremenda desgracia que la amenaza. Él lo hará cuando le acomode y lo considere preciso.

Hiperión.- Pero necesitamos conocer el estado de ánimo de Alceste y...

Tisbe.- El estado de su ánimo es lastimoso. Dejadme que yo la prevenga, y después os diré si puede recibirlos.

Gorgias.- ¿Acaso sabe o sospecha?...

Tisbe.- Tal vez.

Hiperión.- Su penetración es muy grande y fácilmente habrá encontrado una certidumbre en el misterio que la rodea.

Tisbe.- Voy a su lado. Esperad; esperemos todos. (*Vase Tisbe por el foro.*)

Escena IV

Cleón, Hiperión y Gorgias

Hiperión.- Terribles días vendrán para Tesalia si un hado benéfico no impide la muerte del Rey. Esperemos aún. Es posible que la Fatalidad, siempre caprichosa y voluble, nos prepare alguna sorpresa.

Cleón.- He consultado los astros y ellos me han dicho que la grandeza de estos reinos ha de perdurar inalterable. En toda Naturaleza física advierto señales de calma y de perfecta armonía.

Gorgias.- La majestad de la Naturaleza. Amigo Cleón, no está siempre relacionada con las pequeñeces humanas.

Escena V

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erecte, Demofonte y Arístipo, que entran por la izquierda; después, Friné, por el foro

Erectea.- (*Andando trabajosamente.*) ¿Y Alceste? Creí encontrarla aquí.

Cleón.- No tardará en venir. Está en el aposento de sus hijos invocando a la sacra Minerva.

Aristipo.- En ello se ve la agudeza de su ingenio.

Demofonte.- Quiere prevenirse...

Erectea.- (*Se sienta, afectando gran pesadumbre.*) ¡Oh, qué inmensa pena! ¡Ver morir al hijo amado en la flor de la edad!
(*Suspira hondamente. Pausa.*)

Gorgias.- ¿Y Pherés?

Erectea.- (*Lacrimosa.*) Agobiado por el dolor, permanece en su estancia con Polícrates...Como la desgracia no tiene remedio, conforta su flaqueza con una colación suculenta...Debemos sobreponernos al infortunio y pensar seriamente en el porvenir de la patria. (*Vuelve a suspirar.*) Quiero que Alceste me diga si está propicia a disponer con Pherés y conmigo que todos los pueblos del Anficionado renuncien a sus peculiares Constituciones, sometiéndose a una ley común.

Hiperión.- (*Vivamente.*) ¡Alto allá, Princesa! Contén los vuelos de tu imaginación. Absurdo es lo que propones. La Confederación tesálica nunca se convertirá en Imperio.

Gorgias.- El Imperio sería la descomposición, la muerte. En la historia...

Erectea.- (*Con enojo, interrumpiéndole.*) Eso no es de tu cuenta, Gorgias. ¿Qué sabes tú del gobierno y régimen de las multitudes?...Muerto mi amado hijo..., ¡ay!, se dispondrá lo que juzguemos más conveniente. (*Entra Friné por el foro y se acerca a Cleón.*)

Cleón.- (*Aparte, a Friné.*) ¿Tú por aquí, Friné?

Friné.- (*Aparte, a Cleón.*) Tisbe me encarga que observe lo que éstos hacen y dicen.

Demofonte.- La princesa Erectea tiene razón. El Imperio se impone.

Hiperión.- El Imperio no será un hecho, a menos que pierda la razón Alceste, que ha de regir la compleja máquina del Anficionado.

Erectea.- ¿Sola?

Hiperión.- (*Con firmeza.*) Sola.

Gorgias.- Así lo dispone el Rey en su testamento.

Erectea.- Creo que deliráis. Y tú, Cleón, ¿qué dices?

Cleón.- Opino como el sabio consejero de Tesalia. (*Señala a Hiperión.*) Estudiando la Naturaleza y su armonía sublime veo que Alceste...

Erectea.- (*Interrumpiéndole.*) Sí, conducirá hábilmente los asuntos del Estado. (*Aparte, a Demofonte.*) ¿Oyes, Demofonte?

Demofonte.- (*En tono profético.*) ¿No habéis dicho que Alceste invoca a Minerva?...Pues yo os aseguro, a fe de sacerdote, que la diosa de la Sabiduría ha de inspirar a la reina lo que a mí me ha dicho el oráculo de Delfos.

Aristipo.- ¿Qué?

Demofonte.- Que ha de organizarse el supremo gobierno de estos Estados con el auxilio directo de los Príncipes ancianos, compensando así la inexperiencia de Alceste con la sabia experiencia de Pherés y Erectea. La Regencia trina...

Hiperión.- (*Cortándole la palabra a Demofonte.*) No será jamás.

Erectea.- (*A Hiperión, colérica, con altivez desdeñosa.*) ¿Y quién te dice a ti que has de ser consejero dentro de algunas horas?

Hiperión.- No ambiciono serlo. (*Con marcada sinceridad.*) Pero lo seré si lo dispone...quien puede disponerlo.

Erectea.- (*Revolviéndose inquieta.*) Y tú, Aristipo, ¿no dices nada?

Aristipo.- Yo, consecuente con mi filosofía, que armoniza la voluptuosidad con las virtudes, afirmo en conciencia que Alceste debe aprestarse a contraer pronto segundas nupcias. Ni el hombre ni la mujer deben estar nunca solos.

Erectea.- (*Colérica.*) ¡Qué desatino!

Hiperión.- ¡Qué disparate!

Demofonte.- (*En tono campanudo.*) ¡Qué indiscreta estulticia! (*Friné, Cleón, y Gorgias se ríen. Pausa. Demofonte habla en voz baja a Erectea. Aristipo y Cleón forman grupo con Friné, cuchicheando. Hiperión y Gorgias se acercan a la puerta del foro.*)

Hiperión.- (*Impaciente.*) Cuánto tarda la reina. (*Gorgias mirando hacia el fondo.*) ¿Ves algo?

Gorgias.- Sí...Veo a la reina prosternada ante el Ara de Minerva, entre los lechos de sus hijos...La imagen que hay en el altar en la propia Minerva... viva... viva...

Hiperión.- (*Mirando también.*) ¡Oh prodigio!

Gorgias.- ¡La diosa de la Sabiduría alarga los brazos y habla con Alceste!

Hiperión.- ¡Ahora, la reina, deshecha en llanto, besa a sus hijos, como despidiéndose de ellos!

Gorgias.- Inaudito suceso, en verdad. (*Continúan los dos en acecho junto a la puerta del foro.*)

Escena VI

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés y Polícrates

Pherés.- Erectea, ¿estás aquí?

Erectea.- Sí, aquí estoy. Siéntate. Escucha. (*Pherés se sienta, y junto a él Erectea y Demofonte. Hablan en voz baja.*)

Aristipo.- (*A Friné, que forma grupo en la izquierda con él, Cleón y Polícrates, el cual ha ido presuroso junto a la hermosa esclava.*)

Hermosa Friné, el acaso me pone a tu lado. Aunque el austero Cleón se escandalice, yo te digo que veo en ti la perfecta imagen de la filosofía que profeso. Eres bella y eres virtuosa.

Cleón.- Yo no me escandalizo. Al contrario, reconozco en la hermosa esclava un ligero contacto de tu filosofía con la ciencia que yo profeso. Las grandes armonías de la Naturaleza nos las enseñan lo mismo el fulgor de una estrella que el brillo de los ojos de una mujer. Los ojos de Friné son luceros.

Polícrates.- Yo, que cultivo la armonía en otra esfera, digo que la belleza de la mujer es la mejor música con que los hombres pueden cantar la gloria de los dioses.

Aristipo.- Calla, Polícrates.

Cleón.- Una cosa es tañer la flauta y otra valerse de la totalidad armónica del universo para echar piropos a esta hembra lindísima.

Friné.- Vaya, vaya. Déjenme en paz los amables vejestorios. (*Se retira del grupo que forman Aristipo, Cleón y Polícrates, acercándose a los que rodean a Pherés. Erectea y Demofonte pasan hacia la derecha dialogando quedamente.*)

Pherés.- Aristipo, Cleón, Polícrates, acercaos (*los tres se acercan.*), acercaos. (*Viendo a Friné junto a él.*) A ti, Friné, te digo lo contrario; que te alejes. Tu hermosura me trastorna.

(*Pausa.*) En esta noche tristísima... ¡Ay de mí, pobre Admeto!... no quiero que ningún pensamiento mío, ninguna sensación, por leves y fugaces que sean, me aparten de la honda pena que me agobia...¡Oh hijo mío, condenado a morir en plazo perentorio! (*Suspira. Pausa. Viendo que Friné se aleja de su lado.*) Friné, no te vayas.

Friné.- (*Volviendo al lado de Pherés.*) Pero qué, ¿me voy o me quedo?

Pherés.- Quédate, quédate, preciosa esclava. Necesito que todos me acompañen. La soledad aumenta horriblemente mi tribulación. Acércate, Friné. Déjame que te mire...¡Eres tan bonita!

Erectea.- (*Volviéndose hacia su esposo.*) Pherés, ¡por Cástor y Pólux, ten comedimiento! (*A la esclava.*) Tú, Friné, ven a mi lado. (*Friné acude al llamamiento y Erectea la reprende.*)

Pherés.- ¿Me abandonas, hermosa esclava?

Aristipo.- Príncipe, tu cabeza está un poco turbada.

Pherés.- Sí, sí; no lo niego.

Cleón.- Tal vez la copiosa cena y el beber abundante...

Pherés.- No. El comer y el beber no. Es la pena... ¡ay!... lo que me conturba. He comido lo preciso para sostener mi pobre cuerpo, y sólo bebí ración sobria del licor reconfortante que alarga la vida...Pero mi dolor..., ¡ay!..., es inmenso.

Hiperión.- (*Aparte, a Gorgias. Mirando por entre los tapices del foro.*) Una mujer se acerca.

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión. Mirando también.*) Es Tisbe. Retirémonos. (*Vuelven los dos al proscenio. Dos esclavas levantan los tapices del foro y sale Tisbe, que precede a la reina.*)

Escena VII

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe y Alceste

Tisbe.- La reina viene ya. Su aflicción es tan grande, que parecen perturbadas sus preciosas facultades.

Polícrates.- ¿Pero sabe?...

Tisbe.- Todo... todo...

Alceste.- (*Que entra por el foro.*) Las ilustres personas que aquí veo, ¿me esperan? ¿Desean hablarme?

Aristipo.- Sí.

Cleón.- Sí.

Alceste.- Pues yo les digo que mi espíritu apetece el recogimiento silencioso.

Erectea.- Tu dolor, como el nuestro, repugna las vanas conversaciones...Alceste, hija mía, ¿has invocado a Minerva para que te inspire las resoluciones acertadas?

Alceste.- Y tú, venerable Erectea, ¿no has invocado a Ceres para regalarte como tu esposo Pherés con todos los frutos de la Naturaleza?

Erectea.- Tus palabras me duelen, ¡oh, Alceste!...Mi amado esposo atiende al cuidado de su salud, preparándose para soportar los grandes quehaceres que nos aguardan.

Pherés.- (*Alelado.*) Así es...Erectea dice verdad...¡Oh, los quehaceres!

Alceste.- Los afanes políticos no me causan ninguna fatiga. Soy una mujer indocta y vulgar, consagrada al cariño de su esposo y al cuidado de sus hijos.

Erectea.- Pero lo cierto es que tú has estado invocando a la diosa de la Sabiduría para que te inspire las artes de gobierno.

Alceste.- No. He velado el sueño de mis hijos, contemplando los verdes ojos de la sacra Minerva, y en ellos, como en el dulce aliento de mis hijos, he aprendido las lecciones que me hacen falta en estos momentos.

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión, que junto a él observa la escena desde la izquierda.*) ¿Entiendes esto, Hiperión?

Hiperión.- (*Aparte, a Gorgias.*) Algo voy entendiendo. Aguardemos. Oigamos un poco más.

Demofonte.- (*Con énfasis.*) Las lecciones que son menester para regir los pueblos no se aprenden en una hora.

Alceste.- Mucho sabes, Demofonte, Pero Minerva, que sabe más que tú, me ha enseñado la divina ciencia en menos de un minuto. No tardaréis en convenceros.

Demofonte.- Aun así, necesitarás de la experiencia de los ancianos. Príncipes para salir airoso en tu empresa.

Alceste.- Yo proclamo el absurdo de que la experiencia rutinaria precipita la ruina de los pueblos. La juventud inexperta es la que los redime, la que los salva. (*Inaudito asombro de Erectea y Demofonte. Hiperión y Gorgias redoblan su atención. Lo mismo hacen Aristipo y Polícrates.*)

Pherés.- (*Balbucente.*) Juventud... juventud... ¿dónde estás?

Cleón.- (*Aparte a Tisbe, que está con él y con Friné a la izquierda.*)

Bien claro se ve que Alceste se proclama Regente única.

Tisbe.- (*Aparte a Cleón, recelosa.*) No sé, no sé. Esperemos. Me parece que es otra su idea.

Alceste.- Con la ciencia que por inspiración del cielo he adquirido yo, haré feliz a Tesalia...Considerad vosotros la situación que nos espera. Muy pronto los pueblos reunidos por Admeto en apretada comunidad se disgregarán, recobrando su independencia. Pero a mí, podéis creerlo, me deleita ver a los pueblos en el desenfrenado uso de su albedrío...Ello es hermosísimo, ¿verdad?

Aristipo.- (*Aparte a los que están junto a él.*) Ya lo oís; la pena ha turbado su razón.

Polícrates.- (*Lo mismo.*) Ha perdido la cadencia mental y el ritmo de las ideas.

Alceste.- Pues ese torbellino, ese caos del Anfictionado, lo arreglaré yo... yo...Para algo ha de servirme este amuleto. (*Lo muestra.*) Vedlo; es el escudo de la diosa.

Demofonte.- (*Aparte, a Erectea.*) ¿Has oído, Princesa?...¡Qué dislates, qué desvarío!

Erectea.- (*Aparte, a Demofonte y Pherés.*) ¡Pobre Alceste!

Pherés.- (*Aparte, a Erectea y Demofonte.*) ¡Pobre!

Gorgias.- (*Aparte, a Gorgias.*) Sí. La Reina se propone ofrecer su vida a los dioses para salvar la de Admeto.

Comunicaremos esta fausta nueva a los guerreros y magnates. Pero con sigilo, con discreción...

Gorgias.- ¡La historia está de enhorabuena!

Alceste.- (*Como volviendo a la realidad.*) Hiperión, Gorgias...

Hiperión.- (*Arrodillándose.*) Divina Alceste, Hiperión de Mileto te ofrece sus homenajes más rendidos.

Gorgias.- (*Arrodillándose también.*) En mí tienes, ¡oh reina!, tu servidor fiel, tu esclavo más humilde.

Alceste.- (*Con amargura.*) Acepto y agradezco esos amables cumplimientos. Pero me los ofrecéis tan a deshora, que mi alma se llena de sobresalto al oíros. ¿Dónde está el rey? Quiero verle al momento.

Gorgias.- El rey está en la Sala del Consejo...

Hiperión.- Con los guerreros y magnates de Tesalia.

Alceste.- (*Con ademán imperativo.*) Que venga al instante. Que vengan todos. Yo lo quiero, yo lo mando.

Hiperión.- (*Inclinándose respetuosamente.*) Vendrán, reina.

Gorgias.- (*Lo mismo.*) Vendrán. (*Vanse Hiperión y Gorgias por la izquierda.*)

Escena VIII

Cleón, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe, Alceste, Hiperión; después, Admeto, Patricios, Magnates, Próceres. Dignatarios del Anficionado de Tesalia y Gorgias

Alceste.- (*A cuantos la rodean.*) Los guerreros y magnates quieren para la Tesalia victorias, grandezas, consolidación del Anficionado, aumento de territorios. Todo eso y más han de tener.

Erectea.- (*Con discreta sorna.*) ¿Lo harás tú, o lo haremos los tres? (*Señalando a Pherés.*)

Alceste.- Yo sola..., yo.

Pherés.- (*Enojado.*) ¡Por Júpiter, que es descomunal soberbia la tuya!

Erectea.- ¡Y considerada tu ambición!

Demofonte.- (*En tono de severo reproche.*) Ten cuidado, Alceste. A los dioses no es grata la temeridad desmedida de los mortales.

Hiperión.- (*Entra por la izquierda, precedido de esclavos.*) El rey.

Alceste.- (*Yendo al encuentro de su esposo, Admeto, que entra presuroso, seguido del séquito, se abraza tiernamente a la reina.*)

Admeto... Admeto... Rey mío...¿Amas hoy a tu esposa como la amaste siempre?

Admeto.- (*Con voz entrecortada por la emoción.*) El amor mío, grande como el mundo, inextinguible como los elementos de la Naturaleza, más poderoso que los dioses, no puede sufrir alteración en este instante supremo cuando el alma de Admeto se dispone a entrar en la eterna sombra. (*Pausa.*) Hice cuanto pude para impedir que conocieras mi sentencia inexorable. Pero tú lograste romper el arcano y triunfar de mi silencio...Vengo a darte el último adiós y a transmitirte el derecho de gobernar mis pueblos y de ejercer la tutela de nuestros hijos.

Demofonte.- (*Aparte.*) ¡Adiós, Regencia trina!

Alceste.- A ti, mi adorado esposo, con quien he vivido plácidos años de dulcísima paz y perfecta armonía..., ¿dejarás de amarme..., ahora..., en este instante..., si te desobedezco?

Admeto.- (*Ceñudo.*) ¿Desobedecerme tú?...¡No puede ser!

Alceste.- La voz mía, esposo querido, es en este momento fatal la voz de la razón. Y la razón se sobrepone siempre a los designios humanos. Lo que voy a decirte me lo ha sugerido la propia Minerva. Es la voluntad de los dioses. Tú, que hace algunos años eras tan sólo príncipe del humilde Estado de Pherés, llegaste por tu arrojo en las batallas, por tu agudeza en la política y por las peregrinas cualidades que te adornan, a reunir los diferentes estados de Tesalia, reinos los unos, repúblicas los otros, patriarcados los más, constituyendo esta admirable federación, fuerte y poderosa, que es el honor más grande de la Grecia...¿Me negarás esto?

Admeto.- (*Turbado.*) No. ¿Cómo he de negarlo?

Alceste.- Entonces... ¿reconocerás que tú has sido el único autor de esta obra maravillosa: el Anficionado de Tesalia?

Admeto.- (*En tono sombrío.*) Sí, lo reconozco, obra mía es.

Alceste.- ¿Y tú razón no se concierta con la mía para decirte que desapareciendo tú del mundo de los vivos esta obra, aun no bien trabada, se deshará fatalmente..., irremisiblemente?

Admeto.- (*Con creciente turbación.*) Cierto... sí... Así será, sin duda... Pero la culpa no es mía, sino de los dioses, que me condenan a morir... Nosotros, míseras criaturas, juguetes de las pasiones y venganzas de las divinidades olímpicas, no podemos impedirlo.

Alceste.- (*Con entereza.*) Sí podemos... Escucha un poco más... Saco ahora del pensamiento toda mi razón para decirte que si yo te sobrevivo seré incapaz de tomar en mi débil mano la Regencia de estos pueblos... ¿No te imaginas a la desventurada Alceste combatida por esta y la otra facción, absolutamente desarmada ante las ambiciones y las intrigas? ¿Qué puedo hacer yo, triste de mí, que nada sé de guerras ni de política, ni entiendo el arte de conducir a los pueblos?... ¿Qué he de hacer yo?... Dejar perecer el Anficionado, perder la corona, el porvenir de nuestros hijos... Y, por último, huir de esta tierra querida para esconder mi desdichada persona en el último rincón de Grecia.

Admeto.- (*Con exaltación.*) ¡No, no; eso no será!

Alceste.- Pues si lo que acabas de oír no te persuade, esposo mío, debes saber que cuando Hermes, el de los pies ligeros, vino a comunicarte el convenio con las Parcas, los dioses tenían decidido que fuese yo, y nadie más que yo, la persona que había de morir en tu lugar. (*Gorgias entra presuroso por la izquierda.*)

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión.*) El Genio de la Muerte ha entrado ya en el palacio. (*Hiperión, con un gesto, le ordena callar y esperar.*)

Admeto.- El sentenciado soy yo, y moriré... me mataré.

Alceste.- Matándote no cumples la sentencia...Moriré yo... yo...

Admeto.- ¡No, no! (*Echa mano a la espada. Hiperión, Gorgias y un guerrero le sujetan para que no pueda desenvainar el arma. Admeto forcejea para desasirse.*)

Hiperión.- Tú has de vivir, rey de Tesalia; para bien de la patria.

Gorgias.- La historia te necesita.

Admeto.- (*Forcejeando con los que le sujetan.*) ¡No, no!

Alceste.- Si te quitas la vida será inútil, porque moriré yo, y tú dejarás huérfanos a tus reinos y a nuestros hijos.

Hiperión.- Heroína es Alceste. A su abnegación deberemos la vida del mejor de los reyes.

Admeto.- (*Forcejeando aún con los que le sujetan.*) ¡No, no!...¡Nunca pensé que el vivir fuera el más grande de los dolores!...¡Malditos dioses! ¿Para qué quiero yo la vida, si al dárme la me quitáis la felicidad?

Escena IX

Cleón, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe, Alceste, Hiperión, Admeto, Patricios, Magnates, Próceres. Dignatarios del Anfictionado de Tesalia, Gorgias, Eumelo y Diomeda, que entran por el foro, seguidos de doncellas y esclavos. Los principitos vienen descalzos, con largos ropones de color de rosa. Oyese música lejana de liras. Desde la puerta corren hacia su madre, que se ha reclinado en el canapé con suave indolencia. Más tarde, el Genio de la Muerte

Eumelo.- ¡Madre mía! (*Abraza y besa a Alceste.*)

Diomeda.- (*Hace lo mismo que su hermano.*) ¡Madre, madre!

Alceste.- (*Correspondiendo tiernamente a las caricias de sus hijos.*) ¡Hijos de mi alma! Muero para que viva vuestro padre, más necesario que yo a la tierra en que habéis nacido.

Admeto.- (*Sollozante.*) ¡Oh fatalidad, cruel destino!

Alceste.- *(Que sufre un desvanecimiento precursor de la muerte.)*
Admeto, adorado Admeto, ven a mí. *(Admeto se desprende de los que le sujetaban, y va al lado de la reina. Besa su frente, cae de rodillas y humilla la cabeza con suprema desolación.)* Ven, rey mío.

Admeto.- ¡Oh, sublime Alceste, más alta que las más altas divinidades!

Alceste.- Hijos míos, esposo querido: vosotros que me idolatráis, guardad siempre en vuestros corazones el amor a la pobre Alceste...*(A sus esclavas y doncellas, patricios, magnates y dignatarios.)* Mis leales servidores, amigos, magnates, patricios de Tesalia: guardad siempre la dulce memoria de vuestra reina...*(A Tisbe.)* Tisbe, mi fiel Tisbe, mi amada nodriza...*(Acude Tisbe a ella y le besa la mano.)* ¡Acordaos todos de mí!...¡Dadme vuestros tiernos adioses! *(Se incorpora trabajosamente. Acuden todos, besándole la mano uno tras otro.)*
Demofonte, Hiperión, Gorgias, Aristipo, Cleón, Polícrates... sed dichosos y ayudad al rey en sus magnas empresas...Guerreros invencibles... que vuestras armas eleven hasta lo más alto del cielo el honor de Tesalia...*(A Erectea y Pherés.)* Adiós, queridos ancianos, adiós!...¡Vivid... vivid felices! *(Alceste sufre otro desvanecimiento que anuncia la inminencia de la muerte. Tisbe y Admeto la sostienen nuevamente en sus brazos.)*

Tisbe.- ¡Oh desventura!

Admeto.- ¡Oh fatalidad!

Alceste.- *(Moribunda.)* Muero... por la vida de mi esposo... Por el porvenir de mis hijos... por el bien de todos... por la gloria de mi patria querida...

Admeto.- ¡Alceste... Alceste... esposa adorada!

Alceste.- *(Agonizante, al Rey.)* ¡Muero... por...ti!

Admeto.- ¡No... no quiero... no!

Alceste.- *(A punto de expirar.)* Divina Minerva... condúceme... con blanda mano... al reposo eterno. *(Suena el bronce. Todos quedan suspensos y aterrados. Aparece por el foro el Genio de la muerte, que extiende sus brazos cubiertos de negro crespón. La reina cierra los*

ojos, y con un largo suspiro expresa su último instante. Las mujeres y los niños prorrumpen en llanto.)

Hiperión.- Alceste ha muerto.

Gorgias.- Sí, ya expiró.

Admeto.- *(En la exaltación de su dolor.)* ¡Alceste, Alceste, celestial mujer: te llevas mi alma, me dejas la miseria corporal, el tedio inmenso de vivir sin ti! *(Telón.)*

ACTO TERCERO

Cuadro primero

Telón corto. Galería en el palacio de Admeto, ornada con pinturas murales

Escena primera

Admeto; después, Tisbe, Cleón y Eumelo

Admeto.- (*Meditabundo, agobiado por inmensa pena.*) No hay consuelo para ti, miserable Admeto; no lo hallarás ni en la soledad inmensa, ni en el bullicio de los quehaceres que lentamente amortiguan las tristes memorias; no te lo dará tampoco el vago tiempo, que en el seno de las horas engendra el olvido. (*Pausa.*) ¡Oh Alceste, mujer sin par; harto saben los dioses que siempre aborrecí la idea de que murieras por mí!...Por eso no te di conocimiento de la fatal sentencia...Pero, ¡ay!, no cuidé de precaverme contra tu curiosidad...Y tu curiosidad, estimulada con el grande amor que me tenías, hizo inútil mi mutismo...(*Golpeándose el cráneo con desesperación.*) Hombre feliz, hombre menguado, ¿por qué no tuviste el arranque de morir con Alceste para que su alma y la tuya perdurasen unidas en la sombría eternidad?...La reina ha pasado la tenebrosa Estigia en la barca de Caronte...¡Ya no veré más a mi esposa idolatrada!...Mísero Admeto. ¿de qué te sirve la existencia sin amor? (*Iracundo, alzando los brazos como si increpase al cielo.*) Vosotros, crueles dioses, ¿por qué no me aniquilasteis mil veces? ¿Por qué me habéis puesto en el fiero trance de amar ahora la muerte con ansias tan hondas como antes amé la dulce vida? (*Pausa. El rey se esfuerza por contener el llanto. Por la izquierda entran Tisbe, llorosa, con Eumelo y Cleón en actitud desolada, los tres cargados de hierbas silvestres y flores. Admeto, al reparar en ellos, dice:*) Tisbe, Eumelo, hijo mío; Cleón, ¿aún lleváis más flores al lecho morturio de Alceste?

Cleón.- (*Inclinándose en severa cortesía.*) Sí, rey mío.

Tisbe.- Quisiéramos rodear su precioso cuerpo de todas las galas de Naturaleza...Aquí le llevo el cítiso amargo, la retama olorosa, el tymus perfumado que dábamos a los tiernos corderillos para enseñarles a los tiernos corderillos para enseñarles a comer cuando Alceste, de niña, juguetaba en las praderas del Pindo.

Cleón.- Le llevamos también las anémonas de matiz purpúreo, las humildes verbenas que ella misma, con sus divinas manos, plantó en el jardín.

Eumelo.- (*Mostrando unas florecillas.*) Mira, Tisbe: en el campo del gimnasio, donde hacía yo mis ejercicios, he cogido estas flores chiquitas. Mira, mira... Estas encarnadas están, como ella decía, teñidas con la sangre de la maldita Gorgona a quien mató Perseo.

Tisbe.- ¡Ay, sí! Vamos a ponérselas.

Eumelo.- Vamos. Las colocaremos sobre su seno.

Cleón.- O en sus divinas manos.

Tisbe.- ¡Oh desventurada mía!...Pierdo a la que siendo mi reina me dio trato de amiga, de hermana, de compañera inseparable. (*Entra Hiperión por la derecha.*)

Cleón.- Desdicha horrenda es la que nos aflige.

Tisbe.- (*Sollozante.*) Alceste se va y me deja sola en el mundo...¡No puedo, no puedo vivir!

Admeto.- Vuestro duelo, como el mío, es de los que no tendrán nunca reparación...Id pronto junto al lecho mortuario donde yace mi adorada esposa. Allá iré yo después. Tengo que dar órdenes.

Cleón.- Vamos, Tisbe.

Tisbe.- Vamos, Cleón. (*Vanse por la derecha.*)

Escena II

Admeto, Hiperión

Hiperión.- (*Adelantándose hasta el Rey.*) Ya se han cortado las crines a todos los corceles de tu casa. La prescripción elemental de luto en estos pueblos está cumplida.

Admeto.- Quiero más. Hiperión. Quiero que todos los ciudadanos del Anficionado manifiesten su duelo de la manera más expresiva.

Hiperión.- Así será. He dispuesto que el luto sea general en tus Estados... Ahora, querido rey, cuando pasen los días del ritual funerario y de las indispensables ofrendas y sacrificios, espero yo, y esperamos todos, que busques en los cotidianos afanes del gobierno y de los negocios públicos el único alivio eficaz de tu inmensa tribulación.

Admeto.- No, consejero y amigo; no hay lenitivo posible para la infinita angustia de este rey infortunado. Si bajo mi mando estuviera toda la Grecia, el Asia Menor, la remota Persia y el misterioso Egipto, cuantas tierras conocemos, no habría ya paz para mi alma... Porque no es sólo el dolor lo que agobia, es la turbación de mi conciencia por no haber sabido impedir que muriera en mi lugar esa mujer incomparable, mi adorada reina, gala y orgullo de mi existencia y de mi patria.

Hiperión.- No hay motivo para esa turbación de tu conciencia. Los supremos dioses así lo han querido, así lo han dispuesto.

Admeto.- ¡Ah, si yo pudiera volver los hechos atrás!... (*Oyese lejano ruido de trompetas y cuernos de caza.*) ¿Oyes, Hiperión?... ¿Qué es eso?

Hiperión.- No sé... cazadores que pasan... Recógete, Admeto. La noche ha sido tormentosa. Estás falto de descanso, falto de sueño.

Admeto.- El descansar, el dormir, serían hoy para mí nuevas mortificaciones. Velaré... Quiero contemplar hasta el último instante los restos inanimados de mi adorada esposa, para que su belleza marchita quede impresa en mi alma por todo lo que me resta de vida. Quiero además poner mis ojos y mis manos en la preciosa tumba que he mandado erigir para ella en el ameno y umbroso boscaje de mis jardines, donde Alceste pasaba las tardes con nuestros hijos y con los maestros que cuidan de su educación... ¡Ay de mí, esas

plácidas horas pasaron para siempre! (*Queda suspenso, oyendo más cerca el sonido de las trompetas y cuernos de caza.*)

Hiperión.- Los cazadores se acercan.

Admeto.- ¿Quién se atreve a turbar la tristeza de mi casa? (*Oyese bullicio de gentes alegres que se aproximan al palacio.*) ¡Malditos los que profanan esta mansión mortuoria con su alegría impertinente! (*A Hiperión.*) Que los despidan, que los echen de aquí. (*Entra Gorgias precipitadamente por la izquierda, seguido de Aristipo y de Polícrates. Demofonte aparece por la derecha. Todos se muestran azorados, como si hubieran sido sorprendidos por un acontecimiento grave que nadie pudo prever.*)

Escena III

Admeto, Gorgias, Hiperión, Aristipo, Polícrates y Demofonte

Gorgias.- ¡Admeto! ¡Admeto!

Admeto.- (*Iracundo.*) ¿Qué ocurre?

Gorgias.- Hércules, el divino Hércules, con séquito de bacantes y aventureros impetuosos, ha llegado a tu palacio de paso para la Tracia.

Polícrates.- Y en tu palacio se toma la hospitalidad que por su jerarquía merece.

Admeto.- (*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Imposible, oh crueles dioses, imposible!

Demofonte.- Soberano de Tesalia, el que viene a honrar tu casa es un semidiós.

Admeto.- Que siga Hércules adelante, que busque otro techo donde reine la felicidad.

Hiperión.- Cálmate, Admeto. El dolor obscurece tu razón. Reflexiona, ¡oh Admeto! Considera que tienes en tu casa a un hijo de Júpiter, al héroe más grande que hay en toda la Tierra.

Admeto.- ¿Y por los fueros de la hospitalidad he de acallar mi dolor cual si fuera una vergüenza?

Hiperión.- Sí, rey mío. Oye la voz de tu fiel consejero, que jamás te engaña.

Demofonte.- Esa ley inexorable ordena que ante un huésped divino se oculte toda señal de luto que pueda turbar su contento.

Admeto.- ¡Imposible! ¡Imposible! Mi dolor se sobrepone a las reglas de la hospitalidad y a los mismos dioses.

Gorgias.- En la historia vemos ejemplos mil de este sacrificio del dolor de un rey ante la majestad de las personas olímpicas.

Hiperión.- Tienes que aposentar a Hércules espléndidamente, regalarle con manjares exquisitos.

Admeto.- ¡En mi casa sólo hay espacio para el dolor!

Demofonte.- (*En tono severo de reconvención.*) La ley de hospitalidad es en Grecia un rito, es liturgia, y un soberano como tú no puede faltar a ella sin ofender gravemente a los dioses.

Admeto.- Disponed vosotros lo que creáis preciso. Yo me retiro.

Hiperión.- Aunque sólo sea un instante, debes salir a recibir al huésped y a darle la bienvenida.

Gorgias.- Es Hércules, Hércules, el héroe de los héroes, bienhechor invicto de la humanidad.

Aristipo.- Bastará que te presentes a él con un decoroso fingimiento.

Polícrates.- Nosotros fingiremos mucho más, acompañando y festejando al semidiós.

Hiperión.- Descuida, rey mío. Sabremos sacarte airoso de este fatal compromiso.

Admeto.- Pues bien: acomodad a Hércules en el pabellón de las Cariátides, el más distante del palacio...Cuidaréis de que ninguno de los compañeros del semidiós penetre en los aposentos donde estamos los doloridos. Que la incomunicación sea completa...Y procurad por todos los medios compatibles con el decoro de la casa que el divino huésped prosiga su ruta lo más pronto posible...Ya sabéis que esta tarde...(*Abogando un sollozo.*) ¡Ay!...

Hiperión.- Sí; el entierro de Alceste.

Demofonte.- Ya procuraremos que Hércules abrevie su visita.

Gorgias.- Retírate, Admeto y deja todo a nuestro cuidado. (*Vase Admeto por la derecha, con demostraciones de gran contrariedad y aflicción. Pausa.*)

Hiperión.- Yo, por razón de mi cargo, tengo que salir a recibir al héroe.

Gorgias.- Y yo cuidaré de que sea servido y agasajado como merece el que con justicia llamamos redentor de la humanidad. (*Vanse presurosos por la izquierda Hiperión, Aristipo, Gorgias y Polícrates. Demofonte se va por la derecha.*)

Cuadro segundo

Jardines en el palacio de Admeto. A la izquierda, primer término, una alameda que da paso al exterior. Segundo término, izquierda, fachada de un pabellón, con galería abierta, practicable, cuyo techo sostienen cuatro Cariátides. La galería está a un metro de altura del suelo, y tiene una escalinata que la pone en comunicación con el piso del jardín. Corpulentos árboles al foro y laterales. A la derecha, entrada a otras alamedas que conducen al palacio. Junto a la del primer término, un banco rústico. Es de día

Escena primera

Periandro, mayordomo de la casa de Admeto, en el proscenio, dando órdenes a unos esclavos que prestan servicio en el pabellón de las Cariátides. Traen los vinos y manjares por la alameda de la derecha, y por la misma se llevan los platos y ánforas vacíos. Después, Hiperión.

Óyese ruido y algazara que parte del interior del pabellón de las Cariátides, donde Hércules y su séquito de aventureros y bacantes comen y beben alegremente, acompañados de las esclavas de la casa de Admeto y de Hiperión, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Entre las esclavas está Friné

Periandro.- (*Al esclavo 1º, que trae un pastelón en una gran fuente.*)

Aprisa, aprisa. Lléveles ese pastel para que terminen la comida y se vayan pronto.

Esclavo 1º.- El festín toca a su término. Hércules y sus compañeros no tardarán en dejarnos en paz.

Periandro.- Los dioses te oigan. Estamos rendidos. (*Vase el esclavo 1º al pabellón.*)

Esclavo 2º.- (*Que baja por la escalinata con unas fuentes casi vacías. Mostrando las fuentes a Periandro.*) Como ves, Periandro, los huéspedes hacen honor a nuestra cocina.

Periandro.- ¡Ya, ya! Buen apetito traen.

Esclavo 2º.- Devoran cuanto les servimos. Los de casa son los que no comen...Pero los sabios...

Periandro.- Como siempre, engullen de lo lindo. La gula es la madre de la sabiduría. (*Vase el esclavo 2º por el primer término derecha.*)

Hiperión.- (*Bajando del pabellón.*) Periandro, procura que el servicio marche rápidamente, para que Hércules y los que le acompañan aceleren su partida. Ahí dejo a Polícrates, Aristipo y Gorgias sustituyéndome en los honores que debemos al héroe. Yo hice mi comedia con perfecto histrionismo. El historiador, el músico y el filósofo la continuarán con sutil ingenio.

Periandro.- No tendrán queja los huéspedes de la hospitalidad que les ha dado nuestro soberano. Según parece, ya están bien hartos.

Hiperión.- Sí. Ahora se disponen a bajar al jardín para beber el vino con especias. (*Periandro sigue dirigiendo el servicio que hacen los esclavos.*)

Escena II

Periandro, esclavos, servidores, Hiperión, aventureros y bacantes, que no hablan. Erectea, Demofonte, que vienen por la derecha. Después, Cleón y Pherés

Erectea.- (*A Hiperión, que la saluda con reverencia.*) Sofocando mi dolor vivísimo, acudo a saludar al héroe que ha llenado toda la tierra con el estruendo de sus hazañas.

Hiperión.- Así debe ser, princesa.

Demofonte.- (*Enfático.*) Acatemos ante todo el dogma sacrosanto de la hospitalidad, que tiempo habrá de dar al dolor el tributo de nuestras lágrimas.

Hiperión.- Y Pherés, ¿por qué no vienes?

Erectea.- Vendrá, vendrá. Pero haciendo un supremo esfuerzo. De madrugada tuvo amagos de paralización en su noble cuerpo. Está muy malito. ¡Pobre Pherés!

Hiperión.- La vida es una coqueta que rechaza el trato con los viejos.

Erectea.- Yo tampoco ando bien. No sé qué me pasa. Siento vértigos. Se me va la cabeza... a cada instante tengo que agarrarme para no caerme. (*Se agarra con una mano a Hiperión y con la otra a Demofonte.*)

Hiperión.- Ánimo, Erectea. Eso no es nada.

Demofonte.- Las emociones de la pasada noche han desequilibrado ligeramente vuestra preciosa salud. ¡Oh venerables príncipes! Pero vosotros seguramente sabréis sobreponeros a estos menudos achaques para cumplir con el divino huésped como quien sois.

Erectea.- Sí, sí. La realeza impone deberes que, aun siendo mortificantes o violentos, no se pueden eludir.

Hiperión.- Con tu licencia, Erectea. Voy en busca de Admeto. Espero convencerle de que debe llegarse aquí, aunque no sea más que un instante, para cumplimentar al hijo de Júpiter.

Demofonte.- (*Sentencioso.*) El rey no puede excusarse de hacer su parte de comedia. (*Vase Hiperión por la derecha. En el pabellón aumenta el bullicio. Salen a la galería aventureros y bacantes con pandeetas, metiendo mucho ruido.*)

Erectea.- ¡Oh, qué escándalo! Esas bacantes y esos... vagabundos me causan miedo.

Demofonte.- No te asustes, Hércules lleva siempre consigo la alegría del vivir. (*Periandro y los esclavos suben al pabellón.*)

Erectea.- ¡Qué mareo!...Déjame esperar a que cese tan insufrible algarabía. (*Se dirige hacia el banco rústico, seguida de Demofonte.*) Retirémonos a este lado y esperemos ocasión

propicia para ofrecer a Hércules nuestros homenajes. (*Erectea da un traspiés, como si hubiese tropezado.*)

Demofonte.- (*Sosteniéndola.*) Cuidado, princesa.

Erectea.- Estoy desfallecida. Antes de venir aquí debí tomar algún alimento... ¡Ay, ay... el vértigo me acomete!

Demofonte.- Siéntate y reposa. Aquí aguardaremos. (*Se sienta en el banco. Demofonte permanece en pie, junto a Erectea.*)

Cleón.- (*Entra por la alameda del primer término derecha, sosteniendo a Pherés, que anda renqueando, con mucha dificultad, envueltas la pierna y brazo derechos en paños de lana sujetos con ligaduras.*) Ya llegamos, venerable príncipe. Aquí tienes a tu cara esposa.

Pherés.- (*Quejándose.*) ¡Ay... ay...! Sin el auxilio del amigo Cleón no hubiera podido llegar. ¡Ay!... ¡ay... ay!

Erectea.- Ven aquí, amado Pherés; siéntate a mi lado. (*Demofonte acude para ayudar a Cleón, que conduce al Príncipe al banco donde se halla Erectea. Entre Demofonte y Cleón, llega Pherés al banco y se sienta trabajosamente.*)

Pherés.- ¡Oh, qué fatigas!

Erectea.- Dime, Cleón, ¿vienes de la cámara mortuoria?

Cleón.- Sí. Ya hemos puesto en el lecho de nuestra reina las hierbas olorosas y las flores que tanto amaba.

Pherés.- ¡Ah, pobre Alceste, alma nobilísima!

Erectea.- Yo, al mismo tiempo que deploro la muerte de la reina, siento envidia de sus altos destinos de ultratumba.

Pherés.- ¿Por qué?

Erectea.- Vais a saberlo. La fama de sus virtudes es tan grande, que sin duda los dioses han determinado ponerla en el cielo, como astro luminoso, formando parte de una brillante constelación.

Cleón.- Sí, sí.

Demofonte.- No es para tanto, Cleón.

Cleón.- Sí; Erectea está en lo cierto.

Erectea.- ¿Pero has observado el cielo con tus anteojos?

Pherés.- ¿Notaste alguna novedad?

Cleón.- De madrugada advertí entre el León y las Pléyades un nuevo astro esplendoroso. Es, sin duda, la divina Alceste.

Pherés.- (*Incrédulo.*) Esta noche escudriña otra vez el cielo con detenimiento. Podrían engañarte tus buenos deseos...o tus anteojos. (*Pausa.*)

Erectea.- Ahora, astrónomo ilustre, ten la bondad de acercarte al pabellón de las Cariátides.

Pherés.- Sí, a ver si sale el héroe a quien hemos de rendir nuestros homenajes.

Cleón.- (*Se acerca a la galería del pabellón, observa y dice:*) Hércules sale ya. (*Erectea, Demofonte y Pherés conversan entre sí.*)

Escena III

Erectea, Demofonte, Cleón, Pherés, Hércules, que aparece en la galería del pabellón, seguido de Friné, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Este se halla un poco turbado por la bebida. Todos llevan coronas de rosas o yedra. Después, bacantes y aventureros, esclavas de la casa de Admeto, muy guapitas. Estos personajes también llevan coronas. Periandro y esclavos que, dirigidos por el mayordomo, sirven vino

Hércules.- (*Hablando con los que hay dentro del pabellón de las Cariátides.*) Apresuraos, amigos. Terminado el banquete con que nos obsequió la gallarda hospitalidad del buen Admeto, venid a beber al jardín los exquisitos licores que nos ofrece. (*Baja Hércules al jardín, seguido de Friné, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Detrás bajan los aventureros y bacantes. Las esclavas de la casa de Admeto, Periandro y los esclavos servidores.*) ¡Ohé, mis bacantes, alegrad las horas de vuestro príncipe andariego! Pronto hemos de seguir nuestro camino. Es forzoso que antes de la noche pisemos el suelo de Tracia. (*A Friné.*) Y tú, hechicera Friné, la más hermosa hembra que ha sufrido esclavitud en el mundo, disponte a cambiar las cadenas de Admeto por las mías, que han de serte bien ligeras y dulces.

Frínés.- No me apartes, ¡oh príncipe! de la esclavitud de esta casa, donde tengo mis afectos más puros. (*Los esclavos de*

Admeto, dirigidos por Periandro, escancian vino y lo distribuyen entre los que ocupan la escena, los cuales forman animados grupos. Erectea, Pherés y Demofonte siguen en el último término de la derecha. Cleón, Gorgias, Polícrates y Aristipo conversan en la izquierda. Hércules y Friné, en el centro del proscenio.)

Hércules.- Yo te ofrezco un cautiverio no menos grato que el que aquí tienes.

Friné.- Gracias, príncipe.

Hércules.- Tu hermosura es espléndida. Mis ojos se embelesan contemplándola, y llegarían al éxtasis si en tus facciones no advirtiera un cierto ceño desapacible y adusto.

Friné.- No, no.

Hércules.- Cierto que no te han faltado un instante la donosura y la gracia. Pero no participas plenamente de nuestras alegrías. Advierto que la sonrisa se hiela en tu boca, cual si tuvieras en ella resabios de amargura.

Friné.- Es que las almas no están en toda ocasión dispuestas al regocijo.

Hércules.- ¿Tienes alguna pena?

Frínés.- (*Vacilante.*) Sí... no... (*Suspira.*) Háblame de otra cosa, príncipe, si quieres que siga en tu compañía. (*Erectea y Pherés avanzan Hércules. Pherés se apoya en el brazo de Demofonte.*)

Erectea.- (*Haciendo reverencia.*) Venimos ¡oh excelso príncipe! a celebrar tu advenimiento a esta noble mansión.

Pherés.- No hemos querido que te ausentaras sin recibir nuestros más afectuosos parabienes.

Hércules.- ¡Oh, Erectea, Pherés! (*Reparando en el deplorable estado de ambos.*) Vuestras preciosas existencias declinan visiblemente. Habéis vivido luengos años. Estáis muy acabaditos...Ya la barca de Caronte os espera para llevaros al otro lado de la sombría laguna.

Erectea.- (*Consternada.*) ¡Ay no, príncipe mío; todavía es pronto! Yo llevo bien mis maduros años. (*Friné y Demofonte presencian la escena a prudente distancia.*)

Pherés.- (*Dolorido.*) Los míos buscan su fin...¡Concédanme las Parcas algunos meses más; ¡siquiera unos días!

Hércules.- (*Ofreciendo a Erectea y Pherés dos copas de vino, que coge de una de las bandejas que llevan los esclavos.*) Bebed, amigos, y confortad vuestros cuerpos cansados. Este rico licor alarga la existencia. (*Erectea y Pherés beben. Luego hablan a Hércules con expresivos gestos. Los aventureros y bacantes y los sabios beben copa tras copa.*)

Friné.- (*Aparte, a Demofonte, mirando con ansiedad a los compañeros de Hércules.*) ¡Ay! ¿Cuándo acabarán de beber?

Demofonte.- Sí. Que beban pronto y que se vayan, para dejar espacio a la fúnebre ceremonia.

Friné.- ¡Ah, no puedo más! He prodigado sonrisas falaces, y ya mi fingimiento sólo produce muecas horribles.

Demofonte.- Pues en el banquete derrochaste alegría.

Friné.- Sí. Pero no puedo fingir más y me retiro.

Demofonte.- (*Deteniendo a Friné.*) No. Es preciso que sigas aquí, junto al semidiós...Y si Hércules quiere llevarte consigo... vete con él... a ver si de ese modo se va más pronto. (*Hércules se acerca al grupo que forman Cleón, Gorgias, Polícrates y Aristipo, para obsequiarles con vino. Erectea se acerca a Friné y Demofonte. Pherés queda solo.*)

Pherés.- (*Claudicante, haciendo esfuerzos para sostenerse.*) ¡Ay!...Cleón amigo, ven en mi ayuda. (*Cleón acude a su lado y le sostiene.*)

Cleón.- Príncipe, apóyate en mí. (*Acuden también junto a Pherés, Erectea, Demofonte y Friné.*) ¿Quieres que te lleve a tu aposento?

Pherés.- No. Esperemos un poquito.

Erectea.- (*Lloriqueando.*) Demofonte, ¿oíste lo que nos dijo el héroe?

Pherés.- (*Desolado.*) ¡Que estamos a dos dedos del sepulcro!

Erectea.- (*Afligidísima.*) ¡Que ya nos espera la barca de Caronte!

Demofonte.- ¡Bah!, eso son humoradas de Hércules. No temáis nada.

Cleón.- ¿Pero teméis a la muerte?...Esta no es más que una palabra, el nombre que damos, a la transformación de la materia universal. Los seres humanos son tan inmortales

como los dioses...Pero su inmortalidad es apreciable tan sólo para nuestra razón, no para nuestros sentidos.

Demofonte.- Lindos disparates enseñas, Cleón: que los dioses nos engañan condenándonos a la mortalidad.

Pherés.- *(A Cleón.)* Según tú, la muerte es...

Cleón.- El tránsito de una vida a otra vida por el campo infinito de los espacios...*(Asombro inaudito de los que le rodean. Demofonte da muestras de iracundo enojo.)*

Erectea.- ¡Qué hermosura, pasar de una vida a otra vida!...¿Verdad, Friné?

Friné.- ¡Oh, sí, vivir siempre, qué gusto!

Pherés.- *(Meditabundo.)* Por el campo de los espacios infinitos...*(Siguen en voz baja la trascendental conversación.)*

Hércules.- *(En el grupo de la izquierda, bromeando con Aristipo, que bebe incesantemente.)* Filósofo insigne, tu carácter austero no es compatible con los excesos de la bebida.

Aristipo.- Mi austeridad no me ha enemistado con el amigo Baco.

Hércules.- Ya lo veo, ya lo veo.

Gorgias.- *(A Aristipo.)* Pero tu filosofía ecléctica corre grave peligro.

Aristipo.- No lo creáis...Yo presto un gran servicio a la humanidad demostrándole que la virtud y el placer son hermanos gemelos. *(Sigue bebiendo.)*

Hércules.- *(Riendo.)* Está bien. *(A Polícrates, que está un poco alegrillo, dándole una copa.)* A ti, Polícrates, no te recomiendo la continencia.

Polícrates.- *(Cogiendo la copa.)* Gracias, excelso príncipe. El buen vino fortalece el alma del músico; y cuanto más alegre está el músico, mejor domestica a las fieras. *(Entra Hiperión por la alameda del primer término derecha y se dirige hacia Hércules. Este le sale al encuentro. Polícrates y Aristipo siguen bebiendo acompañados de Gorgias.)*

Escena IV

Erectea, Demofonte, Cleón, Pherés, Hércules, Friné, Gorgias, Polícrates, Aristipo, bacantes, aventureros, Periandro, esclavas y esclavos de la casa de Admeto. Hiperión; más tarde, Admeto

Hércules.- (*Adelantándose hacia Hiperión.*) Preclaro consejero de Tesalia. Te esperaba para beber contigo por última vez en honor de los dioses. (*Hace una seña a uno de los esclavos servidores, coge una copa de vino y se la ofrece a Hiperión.*) Toma.

Hiperión.- (*Cogiendo la copa.*) Perdona, Hércules. Un asunto...imprevisto... perentorio... me retuvo...A tu salud. (*Bebe y le tiembla la mano. Un esclavo recoge la copa vacía.*)

Erectea.- (*Aparte a Pherés.*) ¡Qué mal finge el consejero!

Hércules.- Hiperión, tu mano tiembla.

Demofonte.- (*Aparte a Cleón.*) Se acerca la hora de dar tierra al cuerpo de Alceste.

Hércules.- (*A Hiperión.*) Noto en tu rostro inquietud, sobresalto.

Hiperión.- (*Esforzándose por sonreír.*) Estoy tranquilo, estoy contento.

Hércules.- No. Yo advierto turbación en ti, tristeza en las esclavas. Ahí está Friné, que quiere sonreír y no puede.

Friné.- (*Indecisa.*) Príncipe, es mi genio.

Hiperión.- Su carácter la inclina a la seriedad taciturna.

Hércules.- Creo que me engañasteis. En la casa de Admeto no hay alegría. Cuando empezó el festín vi una cuadriga que salía del palacio. Los hermosos corceles llevaban las crines cortadas al rape. Esto es señal de luto...¿Qué ocurre aquí?...En la familia del soberano de Tesalia hay duelo. ¿Por qué lo ocultáis? (*Gorgias, Polícrates y Aristipo se acercan.*)

Hiperión.- (*Confuso.*) No... no hay duelo.

Erectea.- Es que...(*Vanse por la derecha Periandro y los esclavos.*)

Pherés.- Sí, Hércules...Es que...

Hiperión.- (*A Erectea y Pherés.*) Callad, dejadme a mí. (*A Hércules.*) Duelo hay en la casa, aunque no propiamente en la

familia. Una virtuosa extranjera, natural de Argos, de la estirpe de Orfeo, vino enferma a esta casa y ha muerto anoche. (*Aparece Admeto por la primera alameda de la derecha, y permanece allí escuchando a Hércules, que está de espaldas a la primera caja.*)

Hércules.- ¡Ah, bien decía yo que me engañabais!...Aun en el caso de que el duelo sea por una persona extraña, debisteis decirme la verdad...La verdad es siempre el obsequio que más me satisface...Ofrecedme como la mejor prenda de afecto sinceras palabras salidas del corazón...Vamos al palacio...Quiero ver a la extranjera muerta...(*Hércules se vuelve hacia la derecha, en el mismo momento en que el Rey avanza hacia él con grave y tristísimo aspecto.*) ¡Oh, Admeto! Tu presencia tardía, la consternación que veo en tu rostro, confirman que he venido a tu casa en ocasión nada propicia.

Admeto.- (*Inclinándose respetuoso.*) Salud, príncipe excelso; héroe que llevas de pueblo en pueblo con tu pujanza infatigable la regeneración de la raza humana; salud, hijo de Júpiter y de Alcmena...En mi casa tienes tu albergue, así en las alegrías como en las pesadumbres...Perdona, ¡oh Príncipe! el engaño dictado por la inexorable ley de hospitalidad.

Hércules.- Esa ley es absurda y sacrílega, cuando para cumplirla se esconde con apariencias de júbilo una fúnebre verdad. La verdad es mi norte, y guiado por ella consumé mis hazañas inauditas.

Admeto.- Yo también adoro la verdad, y pues tú la quieres, óyela, ¡oh príncipe!, y comparte mi acerbo dolor. La muerta que en mi casa espera sepultura digna de su estirpe es mi reina, mi adorable esposa, la incomparable Alceste. (*Movimiento de estupor en las bacantes y aventureros, que escuchan afanosos.*)

Hércules.- (*Con inmensa emoción.*) ¡Oh, cielos implacables, cruel Destino! (*Se arranca la corona de hiedra y rosas que ciñe su frente y la arroja al suelo. Las bacantes, esclavas y aventureros hacen lo mismo. Friné solloza. Las bacantes, esclavas, Admeto, Hiperión,*

Gorgias y Periandro se esfuerzan por contener las lágrimas.) Justicia de los dioses (*Con airado acento de protesta.*) ¿dónde estás?

Admeto.- (*Desolado.*) Alceste ha muerto en lugar mío, para salvarme de una sentencia de Júpiter.

Hércules.- Tuve conocimiento de tu sentencia por la muerte que diste a Corydón. Pero al volver de Megara me dijeron que mi padre te había perdonado.

Admeto.- Perdón no hubo, sino esta horrenda desviación de mi Destino adverso, que no he podido evitar. (*Vanse por la derecha Friné y las esclavas con Demofonte.*)

Hércules.- Ven a mí, rey de Tesalia. Ya que por ignorancia turbé tu dolor, déjame ahora que contigo lo comparta como un hermano. Abrázame, amigo. Yo, aunque hijo de Júpiter, vivo más para lo humano que para lo divino. Mi padre me dio el ser, y con el ser la energía indomable y la tenaz fiereza, para que con ella trabajara por el bien de la humanidad, destruyendo los monstruos que intentan aniquilarla y las calamidades sin número que afligen la vida...Yo, como sabes, no doy paz a la mano para consumir, una tras otra, las descomunales empresas que los dioses me encomendaron. Apenas terminado un trabajo, emprendo otro; no me doy descanso ni respiro en mi formidable lucha contra el mal, cegando aquí los abismos tenebrosos, abriendo allá caminos por donde los hombres puedan correr libres y confiados, a la conquista de su bienestar. Yo estrangulé al león de Nemea, devorador del protervo Tifaón, que envenenaba las aguas; cacé al monstruoso jabalí que asolaba la comarca de Erimanthos. Yo, para limpiar los establos del poderoso Augias, desvié el río Alfeo, y sus aguas arrastraron la secular inmundicia, fecundando con ella inmensas llanadas. Yo extirpé de la laguna de Stifalia las malignas aves que con su vuelo obscurecían el sol; triunfé de Hipólita, la reina de las amazonas; vencí al bárbaro Diomedes, y le condené a ser devorado por sus caballos que se alimentaban de carne humana. Yo le quité al brutal Gerión sus feroces bueyes; desencadené a Prometeo; asalté el jardín de las Hespérides,

regalando a la humanidad con las manzanas de oro que guardaba el terrible dragón. Yo hendí los montes de Abula y Calpe para juntar las aguas de dos mares, abriendo paso al comercio. Yo descendí a los infiernos para sacar de ellos a Perseo y tornarle a la vida, porque mi padre Júpiter me dio también poder contra la muerte, contra la misma muerte. (*Oyese por la derecha lejana música funeraria de flautas y liras.*)

Admeto.- No podemos dilatar la conducción del divino cuerpo de Alceste a su morada eterna... (*A Hércules.*) Ya que el caso te ha traído a compartir nuestro duelo, yo te suplico, ¡oh príncipe! que honres con tu presencia la triste ceremonia. Hércules.- De buen grado lo haré. Hércules, hijo de Júpiter, quiere ofrecer a la reina de Tesalia una flor humilde y preciada, ofrenda con que los cielos y la tierra galardonan ante el universo las preclaras virtudes de la esposa de Admeto.

Admeto.- Al oírte, ¡oh Príncipe!, mi alma se inunda de una claridad esplendorosa. En mi turbación ignoro si esta claridad es la gratitud o la esperanza. (*Se oye cada vez más cerca la música funeraria.*)

Hiperión.- Ya sale del palacio el fúnebre cortejo.

Gorgias.- Momento culminante de esta lamentable historia. La excelsa reina es conducida a su sepulcro.

Admeto.- ¡Guarden memoria eterna de ella los venideros siglos! (*Aparece por la derecha la cabecera del cortejo fúnebre: guerreros, patricios, magnates, sabios, dignatarios del Anficionado de Tesalia, etc, etc, que desfilan lentamente hacia la izquierda, primer término. Admeto, Hércules y el séquito de éste, se agrupan silenciosos, aguardando el paso del féretro. Hiperión, Gorgias y Periandro se agregan a la comitiva. Demofonte aparece al frente de los sacerdotes. Después el cuerpo de Alceste, conducido en unas andas, a la mano, por guerreros y magnates; el cuerpo está cubierto por un velo finísimo que deja transparentar las facciones marchitas de la reina. Sobre las andas multitud de flores y hierbas olorosas. Detrás vienen las esclavas, llorosas, coronadas de mirto. Entre ellas, Tisbe y Friné, que conducen a Eumelo y Diomeda. Cuando las andas llegan al centro del escenario se adelanta*

Hércules, y con ademán imperioso detiene al cortejo. Cesa la música funeraria.)

Escena V

Los mismos; guerreros, patricios, magnates, sabios, dignatarios del Anficionado de Tesalia, etc. Demofonte y los sacerdotes; esclavas, Eumelo y Diomeda, conducidos de la mano por Tisbe y Friné. Alceste

Hércules.- ¡Deteneos, los que conducís al sepulcro el cuerpo inanimado de la divina Alceste! En ese cuerpo frío quiero poner mi ofrenda, que es la flor de la vida.

Admeto.- *(Con inmensa emoción.)* No podrás, ¡oh príncipe!, no podrás. En el cuerpo de Alceste no existe el alma, anegada ya en las sombras del Erebo.

Hércules.- Poder me han dado los dioses para destruir los obstáculos que se oponen a la felicidad humana. Poder me han dado contra los monstruos, contra las calamidades, contra la muerte misma. *(Con inspirada elocuencia de taumaturgo.)* ¡Alma de Alceste: el hijo de Júpiter te conmina, con su potente voz, a que abandones el reino de Plutón y vuelvas a encender el calor de la vida en esta carne insensible!

Admeto.- *(Se precipita hacia las andas, levanta el velo que cubre a la reina, la besa en la frente y exclama con inmensa amargura.)* ¡Ay... fría está como el hielo!...

Hércules.- *(Con creciente gallardía y fiereza.)* ¡Alma de Alceste: obedece al conjuro del que lucha sin tregua contra el mal humano; del que ha movido los montes, del que ha variado el curso de los ríos, del que sacó a Perseo de las profundidades infernales! *(Corre hacia el cadáver y aparta al rey, que continúa besando a su esposa muerta.)* Apártate, Admeto; déjame. *(Coge la mano derecha de Alceste, tira del brazo suavemente y la incorpora poco a poco. La reina, al ser incorporada, permanece con la cabeza caída sobre el pecho.)* ¡Obedece, alma sublime, alma bienhechora: vuelve al reino de la humanidad! *(Pausa. Expectación. Alceste, con gran lentitud, levanta la cabeza, continuando con los ojos cerrados, mientras Hércules dice:)* ¡Es forzoso que

vivas, yo lo mando! (*Admeto y cuantos hay en la escena, excepto el semidiós, al ver que Alceste levanta la cabeza, caen de rodillas.*)

Admeto.- (*Delirante.*) ¡Alceste! ¡Alceste!

Alceste.- (*Mueve ligeramente un brazo, y sin abrir todavía los ojos, con voz tenue y opaca pronuncia estas palabras.*) Dejadme en esta orilla silenciosa... en este dulce anochecer...Almas errantes que veo en torno mío, no me dejéis salir... envolvedme en vuestra sombra...Quiero el reposo... quiero la paz...

Admeto.- ¡Alceste, esposa mía!

Esclavas.- (*Prorrumpen en exclamaciones, diciendo:*) ¡reina, reina!

Alceste.- (*Estremeciéndose al oír los desesperados llamamientos de Admeto y de las esclavas.*) ¿Qué voces son éstas?...Ecos del mundo... que me llaman...No... no los oigo... me atormentan... me engañan...

Admeto.- ¡No te engañamos!...¡Ven!

Gorgias.- Reina, vuelve al amor de tu familia.

Hiperión.- Vuelve a tus Estados. El pueblo te adora.

Admeto.- Tu esposo te llama, te llaman tus hijos. ¡Ven, reina mía!

Alceste.- (*Trémula, medrosa.*) No... no puedo...Callad, voces fingidas... engañosas...¡No puedo, no puedo!...(Pausa.) La barca de Caronte se acerca...Siento el chasquido de los remos en las aguas negras...Mas no volveré al mundo...Los dioses no quieren...Los dioses no me dejan.

Hércules.- (*Con grande exaltación.*) ¡Divina mujer, acógete a la vida que te ofrezco; ven a la humanidad, que te reclama, que te necesita como ejemplo de inefables virtudes!

Alceste.- Parte de mi ser se va... se ha ido... Acude al llamamiento de esas voces amadas...Otra parte de mi ser aquí se queda...No... no...Voy toda entera...Me llevan...Me arrastran...

Admeto.- (*Con delirante regocijo.*) Ya su piel anuncia el calor de la vida.

Alceste.- (*Abre los ojos de la cara al público. Al verla abrir los ojos todos prorrumpen en exclamaciones de júbilo.*) ¿Qué es esto?...¿Dónde estoy? (*Pausa. Permanece espantada como sin darse*

cuenta de lo que la rodea.) Veo la luz. *(Mira a todos con estupor.)*
¿Quiénes sois?... ¿Es esto el mundo, o un ensueño, una quimera infernal?

Hércules.- Es el mundo, reina, es la realidad, es la vida.

Admeto.- Alceste, adorada Alceste, mírame, mira a tus hijos.
(Eumelo y Diomeda se precipitan en brazos de su madre, y la besan con frenesí. Admeto abraza a su esposa con ternura intensísima.)

Alceste.- *(Dándose cuenta de la realidad.)* ¡Hijos de mi alma, Admeto querido!...¿Sois vosotros?...¿Es verdad que os tengo entre mis brazos?

Admeto.- Sí.

Eumelo, Diomeda.- Sí... sí...

Admeto.- ¡Glorifiquemos a Hércules, vencedor de la muerte!

Hércules.- Mi destino es combatir por la vida humana, donde florece y fructifica el árbol del amor.

Alceste.- *(Poniéndose en pie y elevando sus ojos y brazos al cielo.)*
¡Bendito sea el héroe que con su voz potente me restituye al seno amoroso de la santa humanidad!

(Telón.)

En el teatro de la Princesa

La tragicomedia "Alceste"



Maria Guerrero, insigne actriz que celebró anoche su beneficio. D. Emilio Pérez Galdós, genial dramaturgo, autor de la tragicomedia «Alceste».

MADRID. - ESTRENO DE «ALCESTE», TRAGEDIA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS EN EL TEATRO DE LA PRINCESA PARA BENEFICIO DE MARÍA GUERRERO



D. Benito Pérez Galdós. (De fotografía.)



Una escena del primer acto de «Alceste» (De fotografía de nuestro reporter J. Vidal.)



María Guerrero. (De fotografía de Kaulak.)

El gran novelista y dramaturgo D. Benito Pérez Galdós ha demostrado con su última producción que su genio no muere nunca; siempre joven y que su maestría no tiene un solo momento de desmayo. Su tragedia *Alceste*, estrenada recientemente en el Teatro de la Princesa para beneficio de la ilustre María Guerrero, nos ofrece bajo un aspecto nuevo la grandiosa página de la mitología helénica que inmortalizaron Eurípides y Sófocles en la escena griega y el grandioso en la solida dramática moderna.

Del artículo que uno de los más distinguidos y más imparciales críticos madrileños ha dedicado al estreno de *Alceste*, copiamos los siguientes párrafos:

«Alceste aspira a dioses, sin intentar en afectaciones de ninguna especie, sino con su nueva dignidad, sencilla, sobriamente adecuada al momento, toda la grandiosidad del sacrificio de Alceste, al tolerar por el amor a su esposo a todas las amarguras y a los propios sentimientos de la mortalidad.

«Como a la trágica vestimenta del dolor, que Galdós nos pinta con la absoluta sencillez de un dibujo humano, gloria el suceso con exquisitos matices de una ironía aristocrática las figuras de los príncipes de Feres, de los jeníanos Cleón, Policrates y Arístipo, el filólogo elemental para quien la existencia fundamental en el hombre no tenía otro objeto sino el de enmarcar los gozos de la vida, y la de Héctor, el semidiós, a quien le están reservadas en la tierra las mayores penas por su amor a la humanidad y por privilegio exclusivo de los olímpicos dioses que delegaban en él toda su compasión.

«Sin decir nunca emoción de la tragedia, sólo D. Benito interesaron con la fidelidad y pintoresco y en cierta modo familiar de aquellos palcos y filósofos.»

María Guerrero estuvo incomparable en su papel de Alceste y estuvieron muy acertados en los suyos las señoras Taura y Salvadora y las señoras Díaz de Mandosa, Thuillier, Vilches, Collado, Ciriza, Cusi y demás actrices.

Para la presentación escénica de *Alceste*, Díaz de Mendosa, que a sus condiciones de actor empuja sus las de director de escena inteligentísimo y como según otro espíritu, ha estado el resto, como vulgarmente se dice, a fin de que la obra se representara con toda la propiedad y todo el arte que pudiera desear el más exigente; y asesorado por el ilustre arqueólogo D. José Rasis Mérida y después de consultados innumerables documentos de Arte,

Historia y Arqueología, ha realizado una labor admirable, digna de los mejores alemanes. Decoraciones, trajes, accesorios, todo tiene el carácter y respalda el ambiente de la época, resultando de todo ello la composición de una serie de cuadros que producen un efecto verdaderamente prodigioso, así por la admirable agrupación de los personajes como por la armonía y entonación de los colores.

Las decoraciones, todas, son muy notables. La del primer acto respaldada el pedestal de un palacio; la del segundo es la estancia de Alceste en el palacio de Teodora, y la del tercer acto representa un jardín de hermosa perspectiva y en el fondo un artístico templo griego que por su arquitectura evoca la admirable gloria del Partenón.

El público, en el que figuran Sus Majestades los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria, las infantas Doña Isabel y Doña Paz y la princesa Doña Pilar y las más aristocráticas familias de la corte, tributó al Sr. Pérez Galdós calurosas ovaciones, y entusiastas aplausos a los intérpretes de su obra.

